



BOLSILIBROS
EASA

60 Ptas.

F.B.I.
selecciones
policiacas



**Las barbas
de Mr. Illis**

**John L.
Martyn**

LAS BARBAS DE MR. ILLIS

Autor: Martyn, John L.

©1983, EASA

Colección: F.B.I, Selecc nº 309



SELECCIONES
F.B.I.



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© JOHN L. MARTYN

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Poligono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N.: 84-06-03864-0

Depósito legal: M. 7.431 - 1983

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

SELECCIONES



F.B.I.

Las barbas de Mr. Illis

John L. Martyn

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

Al filo de la media noche

AL filo de la media noche frenó un automóvil frente a un alto edificio de Riverside Drive,barrio de abolenjo de Nueva York. Bajaron dos hombres cuyo aspecto no podía ser más inquietante. Uno de ellos llevaba una gabardina debajo del brazo, con la que ocultaba una escopeta con los cañones recortados. Masticaba la punta de un puro y era su rostro ancho y sanguíneo, boca grande y recio cuello de toro. Llevaba un tanto ladeado el sombrero, tan flojo como la corbata negra.

Levantó los ojos hacia la única ventana iluminada. Después cruzó la mirada con su compañero, quien asintió con una mueca. Se trataba de un individuo espigado y despectivo, que permanecía insensible a las emociones externas, frío como una estatua de hielo. Llevaba un clavel rojo en el ojal de la solapa. Su mirada era tan penetrante y profunda como la de un ave de rapaña.

—Bien, Jo Nobel, creo que sorprenderemos a la paloma cuando esté arrullando a su tierno amado —dijo uno de los hombres, llamado Mitchell, quien tenía una mirada todavía más turbia que su camarada, sin duda porque la singularizaba una cicatriz en el párpado izquierdo.

Jo levantó los hombros sin dar importancia al comentario.

Hundió las manos en los bolsillos del pantalón y avanzó hacia el portal. Mitchell siguió sus pasos con cierta desgana, más bien indolencia, como si fuese a realizar un trabajo mecánico, para el que no tenía que esforzarse.

Poco después ocupaban el ascensor. No cambiaron una sola palabra, ni hicieron ningún gesto expresivo que revelara sus pensamientos. Nobel salió primero del elevador. Mitchell cerró la puerta y seguidamente siguió los pasos de su compañero.

Jo no miró demasiado a un lado y otro. El pasillo, en el que todo era silencio y quietud, se hallaba ligeramente oscurecido. Paróse delante de una puerta pintada de blanco, y sacó una ganzúa de un bolsillo de la gabardina, metiéndola en la cerradura. La puerta se abrió lentamente, sin apenas hacer ruido, ni chirriar los goznes.

Mitchell levantó la «recortada». El ruido que produjo la lengüeta al doblarla, debió inquietar al pajarito enjaulado que dormitaba descansando en el palillo de la jaula. La avecilla empezó a cantar nerviosamente.

—¡Bah! Canta lo que quieras, pajarraco —murmuró Mitchell, haciendo un ademán despectivo con la mano derecha.

Jo Nobel no dijo nada. No le había importado el piar del pájaro. Iba a lo suyo. Vio luz a través de la breve abertura de una pesada cortina de terciopelo verde. Se situó de tal manera, que la franja de luz dividía su cara en dos mitades. Fue entonces cuando sacó la pistola.

Veía perfectamente la escena que se desarrollaba en la estancia inmediata. Allí estaba Luna Abel, tan exuberante como siempre de hermosura y deseos de vivir y de gozar. Se había vestido tan sutilmente, que era maravilloso contemplarla. Se la notaba trémula de emoción en los brazos de un hombre que la sujetaba por la cintura.

—¡Bob, amado mío! —exclamó Luna Abel—, Nunca me he encontrado tan satisfecha como en este momento. Tú eres el hombre que he buscado afanosamente. Jamás estuve tan enamorada como ahora.

Bob la sujetó por los hombros y la besó. Luna le abrazó con toda su pasión, murmurando unas palabras que no llegaron a los oídos de los intrusos. Luego, dejó resbalar la cabeza por el cuerpo del hombre.

—Sí, Bob, nos hemos encontrado de nuevo. Para siempre. No cuenta la historia, sino el futuro. Tú eres el mejor reportero de sucesos de la ciudad. Y yo soy una mujer que te ama.

—Sí, pero también una gran aventurera que ha atolondrado a

los más poderosos «gangsters» de Nueva York.

—Me han rondado, pero no me he rendido. Podría decirte que agua pasada no mueve molino, y que mi amistad con ellos fue en tu propio beneficio. Me relacioné con ellos, porque así te favorecía, Bob, proporcionándote informes del hampa, que ningún otro periodista ha podido conocer.

—No me conocías entonces —rechazó sonriendo, pasándole la mano por la cara — Así, que no seas embustera.

—Presentía tu presencia, querido. No te conocía todavía, pero soñaba contigo. Mi destino era el tuyo. Sabía que el hombre ideal se llamaría Robert Plywer y que era gallardo y varonil, como un dios de la antigüedad. Incluso con esa pequeña señal en la mejilla izquierda. Te he visto en mis sueños.

—No creo en los sueños, ni en los horóscopos, ni en las predicaciones. Me gustan las mujeres que llevan una tigresa dentro de sí.

Miss Abel se incorporó llena de ardor, abrazándose al hombre.

—¡Esa soy yo! Amo con la fiereza que tú exiges. Amo por primera vez a un hombre, a ti. ¿Me crees?

—Eres demasiado hermosa para desaprovechar esta ocasión.

—Una ocasión que no pasará jamás.

Mitchell no podía aguantar tan inflamada escena de amor. Si la pareja ardía en la hoguera del amor, a él le quemaba la «recortada» que empuñaba. Iba a lo suyo. ¿Qué le interesaban los problemas íntimos de una mujer que fue la reina de los bajos fondos de Nueva York? Tenía que cumplir un encargo, el mismo que Jo Nobel.

Cambió una mirada con su compañero. Jo asintió con una mueca. Dispararon al mismo tiempo. Mitchell liberó los dos cartuchos que llevaba en la «recortada». Nobel disparó también dos veces.

Los proyectiles suspendieron el abrazo entre Bob y Luna. La bella y rubia aventurera se contrajo transida de dolor y rodó al suelo con la cara ensangrentada. Bob se levantó al oír el primer disparo. La segunda descarga de la «recortada» le alcanzó en el pecho. Jo Nobel le había atinado en la cabeza.

El estruendo fue extraordinario en el piso. Los forajidos habían actuado con increíble y salvaje precisión, como suelen hacerlo los profesionales del crimen. El silencio había sido roto al filo de la

medianoche, media hora después de haber llegado las víctimas de una excursión por los cabarets de Broadway.

Cuando salieron a la galería los primeros vecinos, los asesinos se hallaban en la calle, lejos del lugar del suceso.

Un crimen realizado con el mayor estruendo y sangre fría, propio de pistoleros agrupados que respondían a una voz de mando. Por lo menos, ésta era la opinión del teniente que se personó en el piso de miss Abel. Dos enfermeras trasladaron las víctimas a una ambulancia. Robert Plywer era cadáver. Miss Abel mantenía un hilo de vida. Tenía una herida de pistola en el hombro derecho y múltiples postas en la cabeza. Estaba inconsciente, con fuerte conmoción cerebral.

Bob Plywer, quedó en la Morgue. Luna pasó a una clínica, donde estuvo dos días sin recuperar el conocimiento. Los médicos no permitieron el interrogatorio hasta que no estuviera fuera de peligro.

Tenía vendada la cabeza casi totalmente. La herida del hombro no tendría consecuencias para su vida posterior, pero los perdigones dejarían huellas indelebles en su cara.

Una vez que le quitaron las vendas, miss Abel pidió un espejo. Se miró ansiosamente durante muchos minutos. Empezó a llorar. Aquellas hondas cicatrices le habían quitado juventud y lozanía. Ya no era su cutis terso y limpio, sino rugoso y empañado. De aquella mirada altanera y bella que marcó un hito glorioso en la historia galante del hampa, no quedaba otra cosa que cierta ensombrecida melancolía.

La diosa que rompió tantos corazones había caído de su pedestal. No podía creerlo. Se miró otra vez en el espejo. Sollozó entristecida.

—Parezco una bruja que se ha escapado del infierno.

No llegaba a tanto su desgracia. Ocurría que era menos bella que antes, pero nada más. La exuberancia maravillosa de su cuerpo, de caderas de ánfora y pechos erguidos, seguía en su lugar. El impacto de la escopeta corta le había quitado la agresiva alegría de sus mejores tiempos. El trauma sufrido la modeló más reflexiva y comedida, al tiempo que adquiría una neurosis extraña, obsesiva, digna de ser estudiada por un especialista de psiquiatría.

—Soy otra; me han cambiado —comentó, sentada en la cama

delante del inspector Robert Saxon, del F.B.I.

—No se preocupe. Usted es Luna Abel. Esas cicatrices desaparecerán algún día.

—Es horroroso. Parece que estoy picada de viruelas.

—No es para desesperar, miss Abel. Puedo asegurarle que si tuviera la fortuna de encontrarme con una mujer como usted, con mucho gusto la invitaría a cenar.

—Es usted muy amable, inspector —agradeció, esbozando una hipócrita sonrisa.

Saxon cubrió con el faldón del albornoz la pierna de la joven que aparecía desnuda. No le satisfacía ver interioridades cuando no había sido invitado previamente.

—¿Vio usted a los asesinos?

—No tuve tiempo. Abrazaba a Bob cuando sonó el primer disparo.

Se llevó una mano a la frente y bajó la cabeza.

—¡Pobre Bob! Le quería con toda mi alma. Habíamos pasado una noche muy grata y nos hallábamos gozosos juntos.

No sé cómo se presentaron esos pistoleros. No oímos ruido alguno.

—He comprobado que abrieron la puerta con una ganzúa. No parece claro, sin embargo, que haya sido un crimen pasional. Usted ha tenido otros novios.

—Es mejor que corrija, inspector. Han sido amigos.

—Hugh Stainer la amó turbulentamente. Y es un hombre explosivo como una granada.

—¡Por favor, inspector! —exclamó Luna indignada—. Hugh está bien para fascinar a cabareteras y a chicas vacías de ideales nobles. Yo he pasado cerca del barro del hampa, pero puedo asegurarle que nunca me he manchado el vestido. Le desprecié por presumido y repugnante. No ha sido el autor.

—¿No es cierto que John Matts puso un pisito a su disposición? —preguntó convencido de que iba a provocar una reacción en la mujer.

—¡Basta ya, inspector! John Matts es un carcamal indecente. Fui amiga de uno de sus socios, pero no tuve relación alguna con Matts. ¿Por quién me ha confundido inspector?

—Perdón, miss Abel. He sido encargado de investigar la muerte

de Bob Plywer y el atentado de que usted ha sido víctima. Los pistoleros no dejaron huellas. No tengo otra pista que su manera de cometer el crimen. Así, solamente pueden actuar los «gangsters» — la señaló severamente con el índice—, conoce a los forajidos, sabe quiénes dispararon.

—No lo sé. No dejé enemigos entre los pistoleros. Pero quiero hacerle una advertencia —precisó muy categórica—. Yo no soy una mujer del hampa. Me relacioné con ellos por accidente.

—Es curioso que conociera a Plywer debido a su amistad con los fuera de la Ley. Pero yo me pregunto: ¿Quién de los dos era la víctima elegida? ¿Por qué dispararon contra ustedes?

—No puedo responder; lo ignoro.

—Plywer era un gran periodista de sucesos. Ha publicado los mejores reportajes sobre el hampa. Tenía amigos entre los jefes de las bandas de extorsionistas, de atracadores y jefes de los fraudulentos sindicatos del puerto. ¿Conocía secretos graves sobre algún grupo y le han eliminado con el fin de callar una boca? No hay indicios que me autoricen a pensar así. En la redacción de su periódico no saben nada. Parece ser que Plywer sentía debilidad por cierto famoso «boss»

—El «boss» Arthur. A mí también me parece un caballero.

—Arthur está tan marcado como los demás. Ahora los jefes de banda no parecen forajidos. Incluso, a veces, se reúnen con la flor y nata de la sociedad.

—Por eso trabé relación con ellos — intercaló en seguida la joven.

—Pero ese «boss» también pudo ordenar su asesinato si alguien pretendiese lesionar sus intereses. Arthur tiene un pasado borrascoso. Se hace pasar por un «gentleman», pero en su tiempo fue un asesino a sueldo. Usted sabe que le irrita que le llamen «gángster». Dice que es un magnate de la industria hostelera. Arthur tiene guardaespaldas y le interesa mantener en secreto muchas cosas suyas. Plywer manejaba dinero, más de lo que ganaba con su empleo. ¿Hizo un chantaje al «gángster»?

Miss Abel lo miró invadida por una ola de ira.

—¡No permitiré que hable mal de un muerto! Bob era un hombre ideal, el hombre que yo había elegido. Era un periodista entregado en cuerpo y alma a su trabajo. No piense mal de él. Me

aburren los detectives listos, como usted.

Saxon sonrió para demostrar que no estaba enojado. Ofreció un cigarrillo a su interlocutora. Luna lo estrujó en sus manos y lo arrojó al suelo.

—¡Márchese de aquí ahora mismo! —rugió la tigresa que llevaba dentro.

—Perdón, miss Abel. No quise decir tanto. Hablé de una suposición entre muchas. Yo sé que usted puede ayudarme. Admito que no conozca a los asesinos, pero estoy seguro que puede darme una pista de gran valor.

—¡No sé nada, inspector! —protestó ella nerviosamente—. Yo he sido una de las víctimas, y estoy viva por un milagro de Dios. ¡Déjeme en paz! Ha conseguido desquiciarme los nervios. ¡No sé nada!

—Buenos días, miss Abel. Espero verla pronto por los cabarets de Broadway exhibiendo su belleza —se despidió Saxon desde el umbral.

Robert Saxon no era sarcástico, sino sutilmente irónico. Ironizaba con miss Abel porque lo merecía. Aquella mujer había demostrado que era una neurótica y que los disparos sentidos en su carne habían dejado anomalías psicológicas de difícil clasificación.

Con anterioridad al suceso, era veleidosa y elegantemente presumida, que valoraba en mucho la majestad de su cuerpo inenarrable. Se creía diosa, mujer y hechicera.

No era fácil seducirla. Mariposeaba entre los forajidos, pero sin descubrir su intimidad. Cuando flirteó Plywer lo hizo plenamente responsable de lo que hacía. La había deslumbrado la gallardía del periodista. A los otros les insinuó algo, pero, sin pasar de ahí. De su belleza había hecho una palanca para su éxito.

A Saxon, que sentía una predilección especial por el estudio psicológico de sus personajes, le fascinó la personalidad de Luna Abel. Su irritabilidad y la escondida y extraña melancolía recordando sin duda lo que fue, había cambiado por completo su carácter.

Pero pasaron los días. Miss Abel abandonó la clínica. Las cicatrices leves, pero visibles, no la abandonaron. Formaban parte de su personalidad física, igual que los lunares que tenía en el pecho y en el brazo, junto al hombro.

En cuanto estuvo en la calle, se dirigió directamente a un establecimiento bancario, donde alquiló una caja acorazada. Apoyada en un pupitre, llenó cinco hojas con su letra alargada y nerviosa. Estaba escribiendo una declaración jurada, que, una vez firmada, metió en un sobre dirigido a «Mr. Robert Saxon, F.B.I. Departamento de Justicia, Washington».

En aquel manuscrito revelaba sensacionales secretos que afectaban a numerosos forajidos que prosperaban entonces en Nueva York, autores de atracos, extorsiones y asesinatos. Si aquel documento llegaba a poder del fiscal del distrito, no había duda de que más de cinco «gangsters» serían juzgados y ejecutados en la silla eléctrica. Las pruebas que presentaba Luna Abel eran definitivas.

A continuación solicitó una entrevista con el jefe de la sección de cajas acorazadas, con quien mantuvo un breve diálogo.

—Cómo ve usted, dejo este sobre en la caja alquilada. Estoy segura que nadie podrá violarla, aunque pudiera ocurrir que mis enemigos pretendieran volarla —explicó sin cortapisas—. No, no ponga esa mueca de extrañeza. Mi vida corre peligro.

El empleado se llevó la mano a la boca con el fin de evitar la sonrisa. Sospechó que se hallaba delante de una demente o de una mujer que sufría manía persecutoria.

—Es absurdo que piense usted así. Nadie más que usted podrá abrir la caja, para lo cual se llevará la correspondiente llave. Además, estoy seguro que bromea. Es demasiado bonita para que tema por su vida.

—No necesito esa llave. Puede usted quedarse con ella. Yo pasaré por aquí, a firmar, el día primero de cada mes. Si falto alguna vez, escribiré una carta con mi firma como contraseña. Pero si no la reciben es que me ha ocurrido algo grave. Entonces ustedes abrirán la caja y entregarán el sobre a la persona citada.

—De acuerdo. Nos atendremos a sus órdenes y se cumplirán según sus instrucciones.

Miss Abel había trazado un plan verdaderamente colosal. Nunca le habían gustado las medias tintas, el término medió. Tenía un gran aprecio por su vida y no estaba dispuesta a dejarse matar como una ingenua. Ella sabía quiénes fueron los autores del crimen de Riverside Driver. Podría hacerles un gran chantaje al tiempo que se

inmunizaba contra las balas.

Por la tarde regresó al piso donde ocurrió el suceso. Tendría que llamar a un tapicero para que arreglase el diván maltratado por las postas. Se sentó en aquel mismo mueble. Encendió un pitillo y despidió el humo lentamente, como pausado era su pensamiento. Desvió la mirada hacia la mesita donde había un retrato orlado de flores.

Era la fotografía de una mujer bella, fascinante, elegida miss Nueva York hacía tres años. Suave, exquisita, parecía la hurí excepcional sorprendida entre las flores a la salida de un lago. Se llamaba Luna Abel.

Contempló el retrato durante largos minutos. Notó que se le humedecían los ojos. Siempre había estado muy poseída de su belleza. No tenía fuerza de voluntad para tratar de superar aquel estado de ánimo.

—¡Qué horror! ¡Esas cicatrices monstruosas! —exclamó de nuevo, expresando la congoja que la desesperaba.

Sollozó sentada en el tocador. A pesar de los masajes, de las fricciones y los cosméticos que se dio en la cara, las picaduras de los perdigones seguían siendo visibles.

Entonces se miró fijamente en el espejo. Azotada por una reacción electrizante, se restregó la cara violentamente y esbozó una mueca horrible. Aquel rostro que se reflejaba en la luna no parecía el de la hurí de Nueva York, sino el de la más satánica de las brujas.

Se puso una falda larga color chocolate, medias de sport, chaqueta más bien larga y se colocó un pañuelo en la cabeza anudando los extremos en la nuca. Se calzó con zapatos de suela ancha de corcho. Se había vestido de tal manera, que esa indumentaria la hacía mucho más vieja y nada atractiva.

Anocheceía cuando salió a la calle. Un taxi la llevó hasta Newark. Bajóse frente a un cafetín, en cuya trastienda tenía un cuartel general John Matts. Siempre se hallaba allí a las ocho de la noche.

Era un hombre que peinaba canas, de fuerte complexión, enjoyado ridículamente y de formación cultural tan rudimentaria como un rodillo de piedra. Dirigía un «gang» que explotaba la diversión, los estupefacientes y el crimen secreto. En realidad, Matts era un asesino empedernido que dirigía una sociedad de criminales

a sueldo.

Revisaba un estadiillo de cuentas cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin levantar la cabeza.

—Una visita muy importante, jefe —anunció un hombre, sin atreverse a abrir la puerta.

—¡Desembucha su nombre, imbécil! —despotricó desabridamente.

—Luna Abel, nuestra amiga...

Matts arrugó el ceño sorprendido por el anuncio de aquella increíble visita. Se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Luna Abel? Esa mujer tiene vocación de suicida. ¿Qué deseará de mí después de lo que ha ocurrido? —reflexionó—. Está bien, «Sabandija»; dile que pase.

Luna apareció en el umbral con una expresión tan fría y concentrada como el mármol. Matts la miró extrañado por la absurda ropa que llevaba. La había visto siempre vestida como una muchacha elegante de la Quinta Avenida.

—Siéntate. Me he enterado del suceso de que fuiste víctima. Lo siento. Por fortuna, no has perdido un brazo o un ojo.

Miss Abel rezongó, mirándole con énfasis.

—Me has dejado señales para toda la vida. No te lo perdonaré nunca, Matts; has matado al hombre que amaba con toda mi pasión. No te lo perdonaré, Matts.

—¿Qué dices, chiquilla? Soy inocente. Siento un gran aprecio por ti. Tú lo sabes bien.

—¡Cierra la boca, estúpido que me revientan los hipócritas! —protestó la rubia—. Nuestra última entrevista fue borrascosa. Te acusé del asesinato de Patrick. Tu norma es eliminar a los que te estorban. He sido amiga de tus mejores pistoleros y conozco todos tus secretos. Por eso has tratado de matarme. Yo soy para tu sociedad una especie de bomba de explosión retardada. Estabas colérico conmigo. No te di nada, nada te entregué. ¿Cómo quieres que te hiciera caso, si en cuanto te veo me dan deseos de vomitar?

John Matts se levantó, empujado por un ataque de coraje. Sujetó a Luna por las solapas de la blusa y con la otra mano la abofeteó.

—¡Nunca he querido nada de ti, estúpida! Dispongo de otras mujeres más hermosas que tú. Se te ha subido el humo a la cabeza, cabaretera —la increpó duramente—. Yo nunca he accedido a tus

deseos. Te he visto muchas veces frenética, con ese furor que tanto te ha distinguido entre las mujeres del hampa. ¡Largo de aquí, desdichada!

Rechinaron los dientes de Luna Abel. No se pasó la mano por las mejillas castigadas. Atravesó a su interlocutor con su mirada de odio. Hizo un ademán que decía muy poco de su exquisita feminidad.

—Eres un repugnante caimán, bruto como un asno. Has prosperado organizando una sociedad de asesinos. Ni los bares ni las drogas sostienen tu vil tinglado. Asesinas bajo factura. Ese es tu verdadero negocio. Quien desea matar a un enemigo no tiene que hacer otra cosa que encargártelo. ¿Cuánto vale cada cadáver? Cinco mil dólares. No, no retuerzas la boca, porque no me asustas. Te tengo en mis manos, vivito y coleando, y cuando me parezca oportuno te entregaré a la «bofia». Que me insultes, lo permito por venir de quien viene. Lo cierto es que a muy pocos hombres he dado el calor de mis labios. A ti, desde luego, no.

Matts estaba fuera de sí. Descorchó una botella de whisky y hundió el cuello en su boca. Bebió, un trago largo.

—Tienes que morir como una víbora. Es verdad que maté a Patrick porque se fue de la boca. Si continuas incomodándome, te ocurrirá igual —exclamó, después de beber.

—No estoy de acuerdo. El hecho de que conozca tus secretos te costará muy caro, asesino de Bob Plywer.

—¡No he sido yo! —estalló el «boss».

—¿Por qué lo niegas? Solamente tú tenías interés por quitarme la vida. Plywer ha muerto accidentalmente. Es un secreto más que conozco, Matts. ¿En cuánto valoras tu libertad?

—No entiendo esa pregunta.

Luna bostezó. Se sentó en el sillón de orejas.

—Necesito veinticinco mil dólares. Dámelos. De otra manera me veré obligada a ponerte en la picota.

Los ojos de John Matts estallaron de ira.

—¿Qué dices, aventurera? ¡Tú estás loca!

Luna se levantó tan encolerizada como su enemigo.

—¡No me llames loca! Estoy en mi sano juicio y si no accedes a lo que te pido, lo vas a sentir.

—Baja la voz. A mis clientes les molestan los ruidos estridentes.

Si no estás loca, lo pareces. Pero ese no es el caso que me preocupa. Me has pedido veinticinco mil dólares. ¡Ja, ja, ja!

—No me he expresado bien. Hoy necesito esa cantidad, pero mañana me ocurrirá igual. Tú eres mi gallina de oro, Matts.

—Hablas de un chantaje con la mayor naturalidad del mundo. ¿Qué te propones?

—Hacer un chantaje bien organizado. No pienses que alguna vez podrás matarme. He firmado una declaración jurada en la que detallo los múltiples crímenes que habéis cometido. Las pruebas no admiten dudas. Pero soy previsor, querido Matts. Esa declaración la he depositado en una caja acorazada. He hablado con el director del banco. Todos los meses pasaré por allí a firmar. Si falto una vez, ese honorable banquero entregará el sobre al inspector federal Robert Saxon. En ese caso, tus días estarán contados.

La estratagema estaba tan magníficamente urdida, que el forajido no supo hacer otra cosa que desorbitar los ojos y dar un puñetazo en la mesa, haciendo saltar el tintero y los papeles. Extendió los dedos y avanzó unos pasos hacia la mujer como si deseara estrangularla.

Ella no se inquietó. Tranquilamente sacó un pitillo en tanto que cruzaba las piernas.

—Tengo prisa, John Matts. Dame el dinero. Saldrás ganando si lo haces ahora mismo. Si tardas, es posible que pida diez mil más.

Se paró indeciso. Rugió como una fiera y se frotó las manos, encolerizado. Pero pronto comprendió que no podría hacer nada contra ella. Estaba perdido. Por eso, dio un violento tirón del cajón de la mesa. Cogió varios fajos de billetes, que arrojó lejos de sí.

—¡Ahí lo tienes, vieja aventurera! Pero muy pronto te pesará mucho. ¡Fuera de aquí, vieja!

Aquel insulto la estremecía como un latigazo recibido por sorpresa. John Matts no lo dijo con su peor intención. Lo repitió porque era la palabra que sin saber por qué tenía siempre en la punta de la lengua, pero ignorando que hería a la chantajista.

—Me consta que el negocio que diriges te deja grandes beneficios. Yo me encargaré de mermarlos. Es muy posible que con tu dinero organice una fundación para inválidos y desahuciados. ¿No sabes que los magnates entregan grandes cantidades para atenciones culturales y benéficas? Los imitaré.

Jo Nobel acababa de abrir la puerta. Detrás apareció la cabeza de Mitchell.

—¡Estás guapísima hoy. Luna! ¿Quieres cenar conmigo? —preguntó Jo.

Miss Abel dio un respingo, demostrativo del desprecio que sentía por aquellos buitres con pistola. Hizo un mohín de malhumor y se retiró salón adelante, llevando en las manos los fajos de billetes que a la fuerza le había arrojado John Matts.

El chantaje estaba pactado.

* * *

Luna Abel tomó un taxi unas manzanas más allá del bar de John Matts.

—Lléveme a Broadway, por favor.

El taxista se quitó el pitillo de la boca y dirigió una curiosa mirada a la joven. Marcó un gesto admirativo.

—Supongo que irá al cabaret «Eldorado». Las mujeres más bonitas de Nueva York se han citado hoy allí, porque se celebra una gran fiesta. ¿Participará usted en el concurso de belleza?

Miss Abel se recostó en el respaldo. Asomó a sus ojos y retrató en la comisura de los labios un conato de amarga sonrisa.

—Es usted cruel, conductor. ¿Cree que puedo yo tener sitio en un lugar reservado para las mujeres más bellas? ¡Bah, soy una vieja ruina, un vetusto, vestigio de lo que fui ¿No ha estado usted en Europa?

—No; soy de Ohio —contestó, sin comprender las palabras de la mujer.

—¡Las viejas ruinas de Dover, las abadías destruidas de Escocia, los ilustres castillos del valle del Loira! —murmuró—. Todo es maravilloso cuando refulge en ello la luz de la historia. Pero la actualidad, lo que es vivo y palpitante, también tiene sus encantos. Una mujer en ruinas, conductor, produce una pena indescriptible.

—No la entiendo, señorita. Usted vale mucho.

—¡Hum, lléveme a Broadway, donde he sido y ya no seré jamás!

El taxista arrugó el ceño extrañado. Pisó el acelerador y se internó en la ciudad. Minutos más tarde apareció en la famosa arteria frívola y teatral. Los anuncios luminosos, las espectaculares luminarias publicitarias cegaban la vista. Las puertas de cabarets y teatros estaban abiertas, pero Luna Abel no se encontraba en buen

estado de ánimo para entrar en los que antes fueron sus lugares favoritos.

—¿Paramos en «Eldorado», miss?

Respondió pasado cerca de un minuto.

—Veré la fiesta desde la puerta; espéreme cerca.

El taxista pensó que aquella mujer no tenía motivo para estar desesperada. ¿Una contrariedad amorosa? Probablemente. En la penumbra del coche, no veía las cicatrices que tenía en la cara la antigua beldad.

Luna Abel bajó a la acera. Avanzó unos pasos casi sin gana, como si fuera empujada. Agachó la cabeza y pasó entre la mejor sociedad de Nueva York, adinerados y elegantes señores, mujeres perfumadas y enjoyadas cubiertas con estolas de armiño y lujosos vestidos de noche. Entre tanta distinción. Luna Abel parecía una pordiosera.

No quiso dar la cara ni saludar a los conocidos. Huía de sí misma.

Pasó al interior. Pudo sentarse a una mesa y ver desde allí el espectáculo, el desfile de las bellas mujeres. No quiso ver nada. Los aplausos del público estallaban en sus oídos. Se acodó silenciosamente en el mostrador.

—Deme una copa de whisky.

El barman la saludó con una abierta sonrisa.

—¡Dichosos los ojos que la ven de nuevo, miss Abel! —exclamó.

La joven le miró airada.

—Yo no soy miss Abel. ¡Deme una copa de whisky!

No dijo una sola palabra más. Calladamente, bebiendo o acodada en el mostrador, dejó que pasara el tiempo. En media hora tomó diez copas. Estaba triste y se embriagaba para olvidar.

Abonó la consumición. Los vapores del alcohol llegaban ya a su cabeza. Se había embriagado silenciosamente.

Salió a la calle sin decir una sola palabra.

CAPITULO 2

Llama Mr. Illis

LLEVABA gafas oscuras y larga barba entrecana. No parecía un hombre distinguido ni siquiera ilustrado. Tenía una notable desenvoltura para liar el cigarro, cuya punta humedecía demasiado con la saliva. El traje negro recién comprado, le estaba grande.

Se quitó los guantes de cabritilla tirando violentamente de los dedos. Sonrió echándose hacia atrás en la silla y enseñando los negros dientes. Sin embargo, el aliento que llegó al rostro de Matts era fresco y perfumado.

—Eso es, míster Matts, tengo mucho trabajo para usted. Pero no me verá otra vez en su oficina de Newark. ¡Voto al diablo que no! Me necesitan en otro lugar. Usted tiene que matar a George Engler. Me ha hecho mucho daño. ¿Cuánto vale pincharle en el corazón? Bueno, no es cuestión de dinero, sino de principios. ¿Tiene usted interés por matar a George Engler?

El «boss» observó escrutadoramente a su extraño interlocutor. Se había presentado en el cafetín de Newark como se anuncia un nubarrón en el mes de agosto. Matts le recibió con toda clase de reservas. No le conocía ni sabía quién era.

—¡Voto a! diablo, míster Matts! ¡Hable ya de una vez!

El aludido desenvolvió parsimoniosamente una pastilla de chicle, para masticarla después con rítmico movimiento de mandíbulas.

—Usted también tiene manos, míster Illis. ¿Por qué he de ser yo quien mate a su enemigo?

—Me falta sangre fría, míster Matts. Además, ésta es una agencia donde se contrata este tipo de asuntos.

—Ha sufrido un lamentable error de información. Esta es la trastienda de un bar.

—No se haga el nuevo, Matts, que me sobran canas —dijo, haciendo una mueca grotesca—. Mi información es de buena tinta. Alguien me ha recomendado a usted.

—¿Quién?

—Patrick.

—Hace dos meses que murió en un accidente.

—¡Y qué culpa tengo yo de que no esté ahora aquí! —protestó, mirándole con aquellos vivaces ojos de ardilla—. ¿Supone que soy el cebo que ha puesto la policía?

—Estamos hablando en broma, míster Illis. Yo no me dedico a esos negocios.

—No sea cínico, Matts. Conozco bien su trayectoria humana. Mi hijo formó parte del «gang» de Arthur y me habló de usted.

—¿Su hijo está descansando en Sing-Sing?

—No; murió en un combate con la policía.

—¿No cree que son demasiados muertos, míster Illis?—preguntó el «boss» con cierto matiz irónico.

—¡Voto al diablo que conseguirá romper mi equilibrio! —exclamó el hombre de la barba, que empleaba un lenguaje entre populachero y pedante—. Pregúnteselo a Hugh Stainer.

—¿Stainer? ¿Le conoce usted?

—Es amigo íntimo de mi hija Julia... ¡Vamos llámele por teléfono! Usted sabe su número.

John Matts guiñó los ojos deslumbrado por las monedas de oro que enseñaba el viejo de la barba, pesos mejicanos que sacaba de una bolsa confeccionada con piel.

—¿Es suficiente con esto? Me olvidé de cargar billetes. ¡Ah!, aquí tengo la fotografía de la inmediata víctima.

El «boss» había visto muchos billetes, fajos de billetes grandes, pero era la primera vez que tenía en sus manos una carga de oro. Lo hizo sonar en la mesa y lo echó en forma de cascada de una mano a otra. Le pareció maravilloso aquel tintineo del metal.

Desvió la mirada al retrato. Se trataba de un hombre joven, gallardo, sonriente, acodado en la balaustrada del porche de un

palacio o chalet aristocrático. Tenía una etiqueta en el ojal de la solapa, como si hubiera asistido a un congreso o fiesta profesional.

—Se hospeda en el hotel Plaza. Me gustaría que le pinchasen esta misma noche.

Matts se acarició las mejillas, pensativo. No recelaba ya tanto como antes de la verdadera personalidad de míster Illis. El oro mejicano era la mejor recomendación.

—Bien, cumpliré su encargo. No es nuestra especialidad, pero haremos una excepción en su favor. ¿Cuál es el domicilio de usted?

—No tengo domicilio, ni les interesa. Cuando necesite pinchar a otro enemigo, se lo comunicaré confidencialmente. Pagaré con anticipación al suceso. Nada más. Buenas tardes.

Matts le acompañó hasta el bar, donde le invitó a tomar un vaso de whisky, Illis bebió vino francés.

—En fin, hemos llegado a un acuerdo, como mandan los cánones —se despidió Illis, insistiendo en su léxico popular—. Ha sido un placer para mí saludarle.

Se estrecharon la mano.

—No me importará recibir el pago en monedas de oro. ¿Tiene una mina, míster Illis?

—No; soy descendiente directo de un emperador azteca —contestó el otro con la mayor naturalidad del mundo.

Desapareció en la calle. Sin embargo, no iba tan solo como él creía. Jo Nobel le seguía desde cerca. Era indudable que la banda de los asesinos a sueldo tenía que actuar con la seguridad de no dar un paso en falso. Matts tenía que tener la evidencia de que el viejo Illis no era un cebo del F.B.I. para trabajar con toda su crueldad y sangre fría.

Illis paseó por la calle, ajeno al movimiento y al murmullo exterior. Aplastó la nariz en la luna de un escaparate donde se exponían cerditos asados, una gran tarta y pimientos rellenos. Se pasó la lengua por los labios y dejó escapar un hondo suspiro.

Siguió andando durante cerca de dos horas. No parecía que tuviera rumbo fijo, porque callejeaba como un vagabundo. Por eso fue grande la sorpresa de Jo Nobel cuando vio que subía en un lujoso coche parado en una calle cualquiera. El chófer de librea se estiró cuanto pudo después de abrir la portezuela.

—¿Dónde vamos? —preguntó el sirviente.

—Llévame a casa; estoy cansado.

El «gángster» regresó al cafetín de Newark y explicó a su jefe lo que había visto. Matts arrugó el entrecejo.

—Seguramente es un magnate de la industria. Pero no tengo conocimiento de que el hijo de un millonario haya pertenecido a la banda de Arthur.

—Sí, parece un contrasentido demasiado grave —asintió Jo, que se hallaba tan deslumbrado como su jefe, contemplando las monedas de oro apiladas en la mesa.

—De cualquier manera creo que no será difícil liquidar a George Engler. No es un fuera de la Ley. Mitchell, que ha realizado la información pertinente, asegura que se trata de un productor de la televisión que organiza programas comerciales.

La llegada de «Sabandija», que arrojó el sombrero lejos de sí y llenó un vaso de whisky antes de abrir la boca, normalizó la situación.

—He hablado con Huhg Stainer, quien se ha reído mucho de las barbas de míster Illis.

—¿Le conoce? —inquirió Matts, sin levantar la cabeza, que apoyaba en los puños para fijar mejor la mirada en los doblones de oro.

—Dice que se ha reído mucho con él. Hicieron amistad en un cabaret. Se rió de sus barbas porque estaban tan sucias como las de un mendigo.

—Es un millonario.

—Stainer lo sabe, pero eso es precisamente lo que le divierte. Al parecer, ese viejo quiere emplear dinero en algún negocio no muy claro. Entiéndeme, en los negocios de hotelitos elegantes.

John Matts sujetó de nuevo la fotografía de George Engler. La observó durante unos segundos antes de entregarla a Jo Nobel.

—El caso está visto, muchachos. «Sabandija» y tu os encargaréis de este trabajo. Mitchell tiene que hacer otra misión.

No cambiaron una sola palabra más. Los asesinos abandonaron la trastienda convencidos de que iban a cumplir un encargo que no les mantendría en tensión. Habitados al crimen secreto, para ellos no tenía importancia la santidad de la vida de los demás. La vida de un hombre era cuestión de dinero y nada más.

A las ocho de la noche se hallaban en recepción del hotel Plaza.

Había mucho público en el salón y en el bar. Los camareros preparaban el comedor para servir la cena. Precisamente el primer hombre que se sentó ante la mesa era Engler.

Los asesinos le conocían bien. Sin embargo, sacaron el retrato con el fin de compararlo con el personaje vivo.

—Es el mismo —murmuró «Sabandija».

George Engler esperaba visita. Se hallaba impaciente dando vueltas a la pitillera y sin apartar los ojos de la puerta. Minutos más tarde le sirvieron la cena. Apenas probó un bocado. Poco más tarde se le acercaba un botones, que le entregó una misiva.

Aquella comunicación debió contrariarle, porque se levantó en seguida y se dirigió a la puerta de salida. Los pistoleros le siguieron de cerca. ¿Dónde iba? No les importaba el destino de la víctima. Ellos sabían que debían matarle.

La Quinta Avenida es probablemente la calle con mayor circulación de automóviles del mundo. Por eso les fue difícil seguirle en su coche. Engler tomó la dirección de Brooklyn, conduciendo un coche descapotable, color guinda. No advirtió que le seguían.

Pasado aquel barrio de Nueva York, enfiló una de las múltiples autopistas que conducían al interior de Long Island. Conducía a gran velocidad.

Pero sus perseguidores llevaban el mismo tren de marcha. Engler no podía sospechar que tenía la muerte detrás de la oreja. Jamás había tenido relaciones con los «gangsters» ni se creía enemigo mortal de ningún semejante. El hecho de que corriese un coche detrás le pareció lo más normal del mundo.

Frenó en una estación de servicios. Jo lo hizo unos metros más atrás.

—¿No crees que es nuestro momento, Jo?

—Sí, se ha situado en el cañón de mi pistola.

«Sabandija» pisó nuevamente el acelerador, haciendo que el automóvil bordease el bordillo que separaba la rampa del surtidor de la carretera. Engler tenía las manos en el volante y esperaba que el encargado de la estación saliera de la dependencia para que le llenara el depósito.

«Sabandija» cogió la metralleta que había dejado sobre el asiento. Frenó al descapotable. Jo Nobel disparó primero.

Los forajidos atacaron a sangre fría y sin darle tiempo para defenderse. Se dejó matar porque no podía hacer nada frente a aquel ataque realizado por sorpresa.

Ocurrió todo tan rápidamente, que ni siquiera el hombre del surtidor pudo ver a los asesinos. Cuando salió de la dependencia vio un coche que se alejaba raudó. La escena más cercana era dramática. Engler se hallaba muerto y sangrando. La ráfaga de metralleta le alcanzó de lleno en el pecho y la cabeza. Sobraban los disparos de pistola.

Minutos más tarde se presentaban dos motoristas y un coche patrullero. Rápidamente iniciaron la búsqueda de los criminales. En muy breve tiempo se movilizó la policía de Brooklyn. Muchos agentes cortaron la carretera y obligaron la parada de los automóviles que circulaban en ambas direcciones.

Pero el ulular de las sirenas no aturdió a los asesinos profesionales. Abandonaron el vehículo a la entrada de la ciudad, cerca de la costa. «Sabandija» arrojó la metralleta al mar. Le quedaba una pistola, así como a Jo. No quisieron desprenderse de ellas, porque podrían serles útiles todavía.

A las nueve y minutos halló la policía el coche abandonado. Había sido robado a las seis de la tarde del aparcamiento de la calle Madison. El vigilante no había visto a los autores.

La caza de los asesinos fue tenaz y porfiada. El inmenso barrio de Brooklyn, que de por sí es una gran ciudad, se llenó de policías. Los asesinos estaban allí, en el distrito. Cientos de agentes vigilaron ómnibus, trenes subterráneos, autobuses. En seguida huronearon los confidentes de la policía por los antros del hampa.

En Duane St., una manzana más allá de la redacción del «New York News», el sargento Stone llamó la atención a dos sospechosos. El coche del inspector Saxon se hallaba cerca.

«Sabandija» reaccionó como un profesional del delito. Cruzó la calle de cuatro zancadas.

—¡Alto! ¡Entréguense ahora mismo!

Dos agentes corrieron detrás del que huía, quien disparó, sin hacer blanco en los agentes de la Ley.

Por su parte Jo saltó al estribo de un tranvía. Sacó la pistola, con la que amenazó a los viajeros.

Pero no podía continuar en el vehículo colectivo. Desde la

plataforma saltó a un camión cargado de fardos.

—¡Policías! —gritó un viajero—. ¡Ha saltado al camión!

Nobel estaba avezado a este tipo de aventuras. Abandonó el camión y desapareció en la calle inmediata. Nadie le vio más. Se internó por entre los «docks» del puerto y cruzó el brazo de mar en una gabarra, como si fuera un descargador más. Tenía amigos entre los trabajadores del muelle.

El destino de «Sabandija» estaba señalado por la pistola de Saxon. No podía escapar. La expectación había subido considerablemente cuando el Inspector corrió detrás del malhechor, que se refugió en un edificio de la calle Canal. Saxon le acosó desde la escalera. En aquella situación se cruzaron muchos disparos.

Saxon avanzó impávido. «Sabandija» retrocedía escaleras arriba. Cinco minutos después de empezar la refriega, el asesino salió a la azotea. Disparó escondido detrás de la puerta de madera cubierta de latón.

—¡Quieto, sargento! Hemos rodeado el edificio. No puede escapar —ordenó el inspector.

—Tenemos que cazarle. Lo necesito vivo, muy vivo, porque así nos dará información sobre la banda. Hasta ahora, no tenemos pruebas. Y nos consta que este tipo es un elemento de la pandilla de asesinos.

Robert Saxon irrumpió en la azotea con la misma violencia que había entrado «Sabandija».

Corrieron persiguiéndose a tiro limpio entre chimeneas y tendedores de ropa. El inspector le seguía de cerca, casi pisándole los talones.

—¡Entrégate! —gritó Saxon, que disparaba desde detrás de una chimenea—. No tienes salida.

Abandonó su refugio con una sangre fría admirable que daba escalofríos a los agentes que esperaban detrás. «Sabandija» vaciló un momento. De pronto disparó cinco veces seguidas. Saxon dio un salto hacia la izquierda y cayó al suelo, desde donde hizo fuego a su vez.

Pero el asesino corría hacia una meta imposible. Metros más allá terminaba la casa. Era un inmueble de catorce pisos cuya fachada posterior daba al mar. No podía escapar por allí.

«Sabandija» saltó al repecho. Desde allí disparó al policía.

Después dio un grito espantoso al perder el equilibrio.

Cuando Saxon llegó al final del tejado, todavía pudo ver al forajido en su vertical caída. Inmediatamente desapareció en el mar.

—¡Hay que recuperar ese cadáver! —exclamó el inspector.

El puerto estaba lleno de gabarras y barcazas. Pululaban los descargadores por el muelle. El puerto de Nueva York era coto cerrado de un sindicato clandestino de «gangsters».

Los policías buscaron el cadáver de «Sabandija» para identificarlo. Lo hicieron inútilmente, a pesar de sus medios técnicos. No apareció el cuerpo. Saxon, indignado, no podía luchar contra aquel muro de silencio. Los criminales se ayudaban unos a otros. Saxon lo sabía. Inmediatamente que cayó «Sabandija», lo recogieron los hombres del sindicato y esperaron el mejor momento para entregárselo a John Matts.

Saxon no podía luchar contra aquella confabulación.

Sin embargo, mucha gente creía que el cadáver se hallaba en el fondo del mar.

* * *

Saxon sabía que no era así.

John Matts parecía inquieto y silencioso. En cuanto daba dos chupadas al pitillo, lo arrojaba lejos de sí y ponía otro en los labios. El suelo estaba sembrado de colillas.

—¿Estás seguro que lo recogieron los muchachos del puerto? —preguntó.

—Tranquilízate, John. He hablado con el encargado de los estibadores, quien me ha asegurado que traerán el cadáver antes de las nueve.

—Son las nueve y diez minutos. Jo —contestó el «boss», que depositó la mirada en su reloj de pulsera—. Debiste quedarte allí. No confío demasiado en los amigos del muelle. Son torpes y pueden dejar una pista estúpida a la policía.

—Llegarán de un momento a otro. Están avezados a esta clase de trabajos —pretendió calmarle su pistolero favorito—. Yo no podía esperar rodeado de policías, porque me habrían reconocido inmediatamente.

—Tienes razón. Escapaste por verdadero milagro. Es decir, porque tienes los nervios más templados y sabes reaccionar

empleando la cabeza.

De pronto, Matts alzó la cabeza, sorprendido por el chirriar de los frenos de un coche. Se quitó el cigarrillo de la boca y lo estrujó sobre la mesa.

—¿Has oído? Ha parado junto a la puerta de atrás.

—Deben ser ellos. Ese ruido no puede hacerlo un automóvil de la policía. Ha sido el frenazo de una furgoneta grande.

Matts se puso la americana y abrió la puerta que conducía al patio, en el cual había muchas cajas de botellas. En aquel momento, llamaron a la puerta.

Jo Nobel se adelantó a su jefe. Entreabrió la mirilla. A continuación volvió la cabeza, guiñándole un ojo sonriendo.

—Olvida tus preocupaciones, John. Los muchachos han cumplido su palabra.

Dos fornidos hombres vestidos como obreros pasaron al patio un pesado cajón de madera. Lo dejaron debajo de un cobertizo.

Matts les pasó la mano por el hombro.

—Gracias, amigos. Sabré recompensaros como merecéis. Mañana mismo recibiréis el dinero. Os lo entregará el encargado de la cantina del puerto.

—¡Bah! No somos nadie —respondió un descargador—. Me parece mentira que «Sabandija» haya muerto. Esta mañana tomé una copa con él.

—Tuvo mala suerte y equivocó el camino.

—De cualquier manera, el que a hierro mata...

—¡Cierra la boca, bestia! —estalló el «boss»—. Es un refrán que inventaron porque aquel día no tenían que pensar en otra cosa.

Matts y Nobel se quedaron solos delante del cadáver. El pistolero levantó la tapa.

—Mírale. Parece un faraón muerto —comentó.

Su jefe guardó silencio. No se encontraba tranquilo. Pensaba que convenía hacer desaparecer el cadáver cuanto antes. Podía llegar la policía.

—¿Estamos bien surtidos de cal? —preguntó.

—Hay dos sacos.

Minutos más tarde vertían la cal en un envase de cinc de un metro de ancho por otro de alto. También arrojaron unos cuantos cubos de agua. Seguidamente Jo Nobel cogió en sus brazos los

restos del pistolero muerto, que hundió en el cuadrilátero de cinc.

Esperaron durante muchas horas. Entonces volcaron el cajón de metal en la boca de la tarjea que conducía al colector general. No vieron el cadáver de «Sabandija»; no podían verlo. El óxido de calcio lo había reducido a la mínima expresión, descomponiéndolo de tal manera, que desapareció por completo.

—Ahora ya puedo dormir tranquilo.

John Matts dejó escapar un suspiro de alivio.

Regresaron a la trastienda. Jo Nobel preparó sendos vasos de whisky, uno de los cuales ofreció a su jefe. Matts lo agotó de un trago largo.

—Repito que nos encontrábamos entre la espada y la pared. Hace mucho tiempo que nos buscan. Por fortuna, los agentes no han adelantado un paso.

—Todo pasó, John. El éxito coronó nuestro trabajo. ¿No crees que debiéramos festejarlo? Hace tiempo que no veo a una mujer.

—¡No hables de mujeres, Jo! Todos los males del hombre proceden de la mujer. Recuerda a nuestra querida Luna Abel.

—Olvídala. Sus días están contados. Nada importará el ardid de la declaración jurada.

Se cambiaron de ropa y se dirigieron a un cabaret.

CAPITULO 3

Fe de vida

SAXON tenía motivos para sospechar que el asesinato de Bob Plywer fue un ajuste de cuentas. Plywer había dejado una fortuna calculada en seiscientos mil dólares, cantidad excesivamente alta para constituir los ahorros de un periodista. En vida, había dicho a los compañeros de redacción que había jugado a la Bolsa, al mismo tiempo que heredaba de su padre.

Saxon estableció la verdad. Plywer jugó a la Bolsa, pero perdió dinero. No heredó un solo centavo de su padre, un humilde obrero ferroviario, sino que pagó los gastos del sepelio y abrió cartillas de ahorro a favor de sus hermanos, circunstancia que confirmaba su opulencia.

¿De dónde procedía aquel dinero? ¿Acaso por los servicios prestados al «boss» Arthur? No era absurdo pensar así, teniendo en cuenta que Plywer tenía una gran influencia en los círculos políticos y policiales de la ciudad. Ningún garito o cabaret de Arthur había sido clausurado, lo contrario que ocurría con otros «night-clubs» que pertenecían a «gangsters» del vicio sin influencias.

Arthur recibió a Saxon en su lujoso despacho de la Madison Avenue, donde las secretarias eran mucho más sugestivas que los muebles y las estatuillas de las rinconeras.

—Es un placer saludarle, inspector Saxon. Tendré mucho gusto de responder a sus preguntas.

Había cierto parecido físico entre ambos interlocutores. Saxon, era alto, elegante, comedido, con el bigote y las patillas entrecanas,

vestido con impecable traje negro y con el bombín en la mano, características que demostraban su ascendencia inglesa. Arthur, a sus cuarenta años de edad, parecía un perfecto caballero. Todo era impoluto en él, incluso su manera de ser. Nunca se exaltaba, ni se dejaba arrastrar por las pasiones o los nervios.

—Efectivamente, sentí la muerte de Plywer. Teníamos una gran amistad y le he considerado siempre como un muchacho que podía llegar muy lejos en su carrera.

—Sin embargo, parece ser que últimamente se enfriaron algo sus relaciones. ¿Puede decirme por qué?

—No tiene importancia. Discutimos sobre el resultado de las elecciones municipales. Bob era demócrata y yo, republicano. Se indignó porque financié en parte la campaña de los concejales de mi partido. Como usted puede suponer, yo puedo hacer lo que quiera con mi dinero —replicó con mucha desenvoltura, sonriendo.

—No tenía noticias de que Plywer sintiese las cosas políticas tan a carne viva. Por el contrario, yo creo que tal cosa le tenía sin cuidado.

—¡De ninguna manera! Le he oído decir muchas veces que Roosevelt fue el político más grande de todos los tiempos y de todos los países.

—Las circunstancias de la vida moldean a veces el carácter de los hombres que no se levantan sobre principios sólidos. Roosevelt fue un gran hombre, desde luego, que hizo la revolución económica y social desde abajo a pesar de que procedía de la clase alta. Yo también le admiro como merece.

Añadió después:

—Robert Plywer empezó la carrera periodística en un periódico rooseveltiano como el «New York Post». Poco después de muerto el presidente, pareció cambiar de modo de pensar. Plywer se dedicó íntegramente a los sucesos. Hizo amistad con los políticos republicanos y ganó dinero. ¿Cómo lo ganó? No lo sabemos, pero nos lo figuramos.

—Me dijo que había jugado a la Bolsa.

—Para perder. No heredó, sino que legó una fortuna a sus hermanos.

—Era un excelente chico —murmuró Arthur, que movió la cabeza expresando su dolor.

—¿No es más cierto que usted le daba un sobresueldo extraordinario? — preguntó el inspector, mirándole fijamente a los ojos.

Arthur resistió la mirada sin inmutarse.

—En absoluto. Bob era muy orgulloso. Prefería morir de hambre antes que recibir una limosna.

—No hablemos de dádivas, míster Arthur. Plywer trabajaba para usted. Esto es, era su embajador ante los políticos y fiscales. Ese trabajo había que pagarlo.

El «boss» se enderezó el lazo negro y sonrió.

—Nunca he necesitado alguaciles, inspector. Plywer era un amigo, que ya es bastante. Dentro de la amistad, existe el regalo. Días antes de su asesinato me dijo que se había enamorado de Luna Abel, la orgullosa reina de Nueva York, como usted sabe. Entonces me permití hacerle un regalo a ella consistente en una pulsera de oro puro. Siempre me ha fascinado el oro.

—Es curioso que miss Abel no llevara esa pulsera la noche del suceso.

—Dos horas antes la llevaba en el brazo. Me tropecé con ellos en el cabaret.

—Miss Abel no me ha dicho que los asesinos la robasen la joya.

—Luna Abel es una mujer bastante enigmática.

A Saxon le gustó la clasificación. Miss Abel era un secreto misterioso. Muy hermosa, pero un muro de piedra que no hablaba. En ella estaba el enigma del crimen de Riverside Driver.

—Hace tiempo que no la veo presumiendo por los «night-clubs» de Broadway —comentó el policía.

—Yo tampoco tengo noticias de ella. La vi en una fiesta organizada por la lucha contra el cáncer. No me pareció tan bella como antes. Vestía como una turista absurda, sin elegancia ni siquiera limpieza.

—Es un caso raro el suyo. Podríamos decir que se ha metamorfoseado. Ha cambiado de carácter, su psicología es otra.

—Los traumas dejan huellas en el cerebro, inspector.

—Han sido heridas leves, salpicaduras de plomo.

—En la cara, inspector.

Una gran fotografía mostraba a la estrella de uno de los cabarets de Arthur con toda su majestad. Se trataba de Martha Goor, una

artista bastante conocida. Señaló Saxon:

—Hace días que vi ese programa por la televisión. Miss Goor estaba muy bella y desenvuelta. Fue un programa organizado por George Engler.

Arthur siguió la frase sin que se le notara la menor inquietud.

—Engler realizó un programa publicitario de los locales frívolos de Broadway. Era un gran organizador.

—¿Acaso le conocía íntimamente?

—He hablado con él varias veces. El citado programa lo pagué yo en gran parte. Una lástima su muerte.

—Yo perseguí a su asesino, pero no he podido todavía encontrar su cadáver. Por supuesto, no lo hallaré nunca... Es decir, salvo que usted me ayude.

—¿Yo? ¿En qué sentido?

—Usted tiene amigos en el puerto. Me consta que inmediatamente que cayó el criminal, lo sacaron y lo escondieron. Ahí está la pista.

—No tengo ninguna relación con esa gente. Yo me dedico únicamente a mi negocio.

—Empezó como «gángster», Arthur; no lo olvide.

—No es verdad. Me relacioné con Frank Costello, porque abrí un cabaret. Siempre he jugado limpio, inspector.

—En resumidas cuentas, que usted no ordenó el asesinato de Robert Plywer, ¿no es así?

—Yo pago a empleados, no a pistoleros.

—Hugh Stainer es un pistolero.

—No trabaja conmigo.

—Pero trabajó en otro tiempo.

—Le despedí porque un día descubrí que llevaba una pistola en la sobaquera.

—Stainer estaba enamorado de Luna Abel. Es otro sospechoso.

—Admito que sea el criminal. No se había enamorado de Luna, sino que le irritaba que ella no cayera en sus brazos.

—¿Conoció usted a Patrick?

—De vista. Trabajaba a las órdenes de John Matts, que es dueño de cuatro o cinco cafés de mala muerte.

—¿Está instalado alguno de ellos en el puerto de Brooklyn?

—Probablemente.

Pensó el inspector que no era fácil continuar hablando. Arthur no soltaba prendas. Encerrado en su castillo como notable señor de los negocios frívolos, parecía imposible acusarle de algún delito. Sin embargo, Saxon no descartaba la posibilidad de que fuese el autor de uno de los dos sucesos.

Había indicios psicológicos de gran valor: la fortuna de Plywer. Esa fortuna no le llegó del cielo, sino de manos de Arthur. Plywer pudo amenazarle con descubrir sus secretos en el caso de que no subiera los ingresos. Es decir, un chantaje. El «boss» se cansó de él y le remitió al cementerio. La pista era buena.

—Bueno, nada más, míster Arthur. Es posible que le visite otra vez.

—Cuando guste, inspector. Las puertas de mi casa estarán abiertas para usted.

A Saxon le preocupaba la pulsera de oro que Plywer regaló a Luna. Merecía la pena visitar a la damisela para que le explicara su destino.

Fue por la tarde al piso de Riverside Driver. No estaba Luna. Salía por la mañana y no volvía hasta la noche. A partir del día del crimen apenas frecuentó los locales frívolos de Broadway.

Volvió a las ocho de la noche. Le abrió una doncella negra, que le pasó al living-room. Miss Abel se presentó minutos más tarde.

—¿Qué desea el sabueso?

La contempló con interés. Si no fuera por las señales de la cara, seguiría siendo la deslumbrante reina de Nueva York que fascinó a tantos.

—¡Quién pudiera verla todos los días, miss Abel! — exclamó el policía, estrechándole la mano—. Casi estoy por preguntarla si quiere usted casarse conmigo.

—Me duele que sea sarcástico —replicó, asomando a sus ojos un amago de tristeza y resignación—. Pasó mi época de oro. No creo que sirva ya para otra cosa que para niñera.

—Usted es más irónica que yo, miss Abel. Viéndola así, tan maravillosamente hermosa, comprendo la fuerza que empuja a los hombres hacia usted. Usted sabe que es mucha.

—Lo fue.

—¡Quítese esa idea de la cabeza, por favor! Para mí es todavía más sugestiva que ayer.

Luna no comprendió la galante frase de su admirador. Creía que se burlaba de ella.

—¡Basta ya, Saxon! No tengo tiempo para hablar de bellezas. ¿Qué desea de mí?

Saxon guardó su sentimiento más íntimo. Le ocurría una cosa muy curiosa. Sentía cierta predilección por Luna Abel, reacción sorprendente en un hombre que no se emocionaba fácilmente y que estudiaba las situaciones, incluso las sentimentales, con un gran sentido de la medida y de la discreción.

—Que me ayude. Sería fatal para mi carrera que quedase impune el crimen de Riverside Driver. Usted conoce a los «gangsters».

—¡Hum! es la misma monserga del otro día. No conozco a los autores, que es el problema que le interesa.

—Es posible que tenga miedo a delatarlos. No ignora que el hampa también tiene sus Leyes y que la delación se paga con la muerte. Pero yo lo evitaré.

—No me inquietan los tipos de hampa. Puedo asegurarle que los odio. No es para menos, después de haber sentido sus garras en mis carnes.

—Hugh Stainer está enloquecido por usted.

—¡Bah! es un cerdo —rechazó despectiva—. Repito otra vez que solamente me he enamorado de Bob.

—Plywer era un buen partido.

—Me interesaba el hombre, no su fortuna —precisó ella con cierto aire de fastidio—. Pero no creo que haya venido a contarme sus impresiones sobre mis conocidos. A usted le preocupa alguna cosa. Pregúntelo en seguida porque estoy muy cansada y he preparado ya la cama.

Luna había cruzado las piernas y fumaba displicentemente.

—Arthur me ha comunicado que Bob Plywer le regaló a usted una pulsera de oro. ¿Se la robaron?

Luna hizo un gesto de sorpresa.

—Sí, me la regaló aquella noche, pero cuando dispararon, hacía tiempo que me la había quitado.

—No se la he visto puesta después.

—Soy supersticiosa; puede traerme mala suerte.

—Lo siento. Si le hubiera sido robada, habría marcado el punto

de partida de mi investigación. De cualquier manera, mejor está en su bolsillo que no en el de otro.

Miss Abel se levantó y cogió una campanilla que había encima de una mesa, con la cual llamó a la doncella. Al inspector le dio la impresión de que era una rápida y vieja directora de un colegio de internas.

—Es posible que ésta sea la última vez que nos veamos. El martes próximo abandonaré Nueva York —anunció Luna.

—Lo sentiría de verdad. ¿Ha pensado vivir en otra ciudad?

—Sí, en Denver. Los médicos me han recomendado la montaña.

—Pero usted no sufre enfermedad del pecho que la obligue a cambiar de domicilio.

—Es un precepto de los médicos. Parece ser que tengo una pequeña lesión de pulmón.

Lo dijo muy seria, pero sin darle importancia, como si hubiera dicho una cosa reglamentada y normal.

—Respeto la opinión de los médicos, pero no hace falta ser una eminencia para ver que usted está llena de vida. Espero verla muchas veces, miss Abel.

Le estrechó la mano, que sostuvo entre la suya más tiempo de lo establecido por los cánones de la cortesía. Fue ella misma quien la retiró.

—¡Hum! que pesadez —murmuró, desapareciendo inmediatamente en la habitación contigua.

La sirvienta de color le acompañó hasta la puerta, donde le despidió. Estuvo unos minutos de pie en la galería, pensativo. Miss Abel le obsesionaba, no solamente como mujer. No creía que padeciera tuberculosis.

En un café del puerto se reunió con el confidente destacado de tan estratégico lugar, pero no le dio noticias de interés para la investigación. Sabía Saxon que la búsqueda del cadáver de «Sabandija» estaba llena de dificultades.

El asesinato de Plywer fue realizado por forajidos profesionales, igual que el de George Engler. Hacía muchos años que las gavillas de pistoleros no utilizaban la escopeta «recortada» arma con la que se cometió el primer crimen. Esta era una pista digna, así como la circunstancia de ambos crímenes. ¿Se hallaban relacionados? Robert Plywer no conocía a Engler. No se habían visto nunca.

Engler había ocupado un chalet en compañía de su hermana viuda. Saxon pensó que quizá apareciese el móvil del crimen conociendo la personalidad del asesinado.

El hecho de que los autores habían sido «gangsters» hacía más patente la idea de que en la ciudad actuaba una banda de asesinos por encargo.

—George era un hombre formado a sí mismo. Siempre tenía la cabeza llena de ideas y era muy activo y emprendedor — informó su hermana—. Hace tiempo organizó veladas de boxeo. Pero no le gustó el ambiente en que se movía, que era demasiado turbio y engañoso. Recuerdo que una vez discutió acaloradamente con un boxeador que le había hecho de menos y al que no presentó en una gran velada. Desde entonces tenía miedo de aquel hombre.

—¿Ocurrió en Nueva York?

—Sí. Fulham parecía un perro de presa. Perdió todo su dinero, mientras que George triunfaba. Fulham creía que mi hermano tuvo la culpa de su fracaso. Hace varias semanas que se vieron en un bar. Fulham le miró fríamente y le insultó. George no le hizo caso, pero después me refirió que le tenía miedo. «Puede cometer cualquier locura», comentó.

—¿Sabe usted que tuviera algún roce con los «gangsters» o gentes de mal vivir?

—En absoluto. La única vez que le oí citar la palabra «gángster» fue cuando habló de Fulham, que es una especie de pájaro negro del pugilismo.

—Efectivamente, en ese mundo se multiplican las telarañas.

El inspector requirió a la mujer que le mostrara los recuerdos personales de Engler, tales como fotografías y cartas. No tuvo inconveniente en pasarle al despacho y que revolviere cajones.

Le sorprendió mucho una fotografía realizada en el porche de un chalet de lujo. La balaustrada señalaba que era de casa grande, quizá de un magnate de la industria. Estaba Engler del brazo de un joven postinero y displicente. Saxon le conocía bien. Se llamaba Hugh Stainer.

—¿Conoce usted a este hombre? —preguntó a la viuda.

La mujer hizo un esfuerzo de memoria.

—¡Ah, sí! Fue en una fiesta organizada por el millonario míster Rows. Le unía cierta amistad con él. El joven que le acompaña es

un invitado, con el que también hizo amistad George. Creo que es propietario de un cabaret.

—Es un «gángster» de la diversión. Está relacionado con otro asesinato anterior al de su hermano.

—Usted sabe más que yo, inspector. George me dijo que Stainer era un caballero distinguido y cordial. Una vez cené con ellos. Stainer acompañaba a una mujer muy bonita.

Saxon apartó una fotografía donde Engler aparecía rodeado de bellas mujeres.

—Sería Luna Abel.

—¡Sí, miss Abel!

—¿Notó usted que pareciesen enamorados?

—No. Noté que ella se distanciaba fríamente y que le miraba sin afecto. Stainer se la presentó a mi hermano, pero no creo que se vieran después. No me habló nunca de miss Abel.

—¿Ni de otra mujer que tuviera un especial interés por ella?

—No. George no ha sido amigo de amoríos y devaneos. No ha tenido novia.

—¿Vivía con usted antes de morir su marido?

—No; tenía un apartamento en la avenida Madison. Este chalet lo compró él.

Robert Saxon salió del hotel convencido de que Hugh Stainer era la figura probablemente clave del doble enigma. Por lo menos, su relación era evidente en ambos casos. Pero el asesinato de Engler desquiciaba todas las suposiciones del inspector. No veía móviles lógicos para que fuese asesinado como un perro.

Sin embargo, estaba también claro que su hermana no tenía noticias de sus aventuras. Engler tuvo relaciones con varias mujeres, como lo demostraba que invitase a algunas amigas a su apartamento de la avenida Madison.

Pero, ¿quiénes eran esas mujeres? Sería difícil identificarlas, porque era muy probable que fueran amigas de uno o de varios días, que desaparecieron después de la estimación de Engler.

CAPITULO 4

Otro encargo

JOHN Matts se puso en pie y estrechó la mano del viejo Illis, cuya barba no parecía tan sucia ni larga como la primera vez; tenía las manos menos curtidas y el cabello más brillante, como si se lo hubiera enjabonado recientemente.

—¡Voto al diablo, Matts! No tengo más remedio que felicitarle por el trabajo anterior. Engler murió como merecía, pero leí que en el combate cayó uno de sus hombres. Lamento lo ocurrido.

—No se preocupe, míster Illis. No hicieron el crimen secreto como yo ordené. Las irreflexiones se pagan muy caras —se disculpó Matts—. No creí que tuviera el gusto de verle de nuevo.

—Yo tampoco. Sucede que se ha presentado un trabajo imprevisto que solamente usted puede realizar.

—¿Lo pagará con oro? —preguntó John atropelladamente.

—Este es el motivo principal de mi visita —dijo, haciendo un gesto compungido—. Me he gastado mucho dinero y he tenido que echar mano del oro. No me sobran billetes. No obstante, le pagaré con joyas. ¿De acuerdo?

—Si son buenas, sí.

Sacó un pañuelo, que vertió en la mesa del «boss» de la sociedad del crimen. Matts tragó saliva, sorprendido por las alhajas que le deslumbraban. Eran un collar, un anillo con diamante y una diadema de oro con dos figuras engarzadas con piedras preciosas.

—Es una carga estúpida. Vale unos diez mil dólares. ¿A quién quiere que matememos?

—No sea mezquino, Matts. Su valor es más grande del que usted ha dicho. Será el pago de dos trabajos.

—¿Dos asesinatos? —preguntó el otro—. No hay dinero suficiente. Vendidas de segunda mano las joyas pierden su verdadero valor.

—No sea tozudo, Matts —le increpó—. Usted puede regalárselas a su amiguita linda. ¿No le gustan las chicas?

—Menos que el dinero.

—No sabe lo que dice. La mujer es el centro de todas las ambiciones.

Matts no prestó atención a las palabras del hombre barbudo. Le interesaba más mirar las joyas. Se colocó la diadema sobre la cabeza.

—Si no tuviera barba y esos ojos tan siniestros, parecería un rey —comentó Illis—. Pero ahora no importa que usted sea gordo o flaco, guapo o feo. ¿Verdad? Bueno, resérvese la respuesta. Yo tengo dos fulanos a los que deseo retorcerles el pescuezo. Mírelos. Son los chicos que rompieron el corazón de su hija Laura.

Matts recogió las dos fotografías que Illis le había arrojado. Eran dos retratos pequeños, de tipo carnet, que seguramente estuvieron pegados en algún álbum.

—Yo no tengo una hija llamada Laura.

—No sea chinche, Matts. El negocio es el negocio. ¿No es así como dicen los franceses? —dijo, sonriendo como un bobo—. Bien; de acuerdo. Uno se llama Baxter y el otro Roland. Ahora le diré dónde pueden localizarlos.

Matts retiró las fotografías y con los dedos contó las perlas del collar.

—No parece gente del hampa —murmuró.

—Han cometido otros crímenes. Pero no me pregunte más, que no se lo diré. ¿Trato hecho?

El «boss» le miró a la cara.

—¿Quién es usted, míster Illis?

—¡Soy míster Illis, estúpido!

Guardaron silencio, Illis cruzó las piernas y despreocupadamente, se ató una bota. Mientras lo hacía, explicaba cómo podrían localizar a los condenados. A continuación sacó del bolsillo del chaleco un palillo de los dientes, con el que se limpió las

uñas.

—¿Hay que discutir algo más?

Matts levantó una hoja de la agenda, en la que escribió los nombres de las víctimas. Con tal operación daba su visto bueno al trabajo encargado.

—A veces usted parece una cabra, Illis. No he respondido a sus insultos porque es el cliente. Es una norma entre los comerciantes, que el comprador lleve siempre la razón. Estoy de acuerdo. De otra manera, le hubiera partido la cabeza.

—No hay millonario en Estados Unidos que disponga del dinero que vale mi cabeza. Por eso estoy seguro de que nadie podrá tocarla.

Se dirigió a la puerta. Matts adelantó unos pasos con la intención de abrirla. Hizo una genuflexión reverenciosa.

—Pase usted primero, míster Illis.

—Es usted muy amable, asesino por encargo.

John Matts esbozó una divertida sonrisa. Pero se heló en sus gruesos labios. Por el salón avanzaba Luna Abel, callada, silenciosa, vestida como una vieja solterona, incluso llevando un absurdo bolso negro.

Se cruzó con Illis, quien volvió la cabeza y chasqueó la lengua mirando a Matts.

—Es la amiguita de turno, ¿eh? Bien; pues que le aproveche.

Matts no rugió porque le faltaba aliento, pero le remitió por los ojos todo el odio que llevaba dentro.

—¿Qué buscas, víbora? —silabeó.

Miss Abel se llevó un dedo a los labios.

—¡Chiss! Tu oficio requiere discreción. Pasa conmigo.

Cerró la puerta de un golpe tan violento que cayó un sombrero que había en la pared. Luna extendió la mano.

—Dame cincuenta mil dólares. Estoy muy enferma del pecho y salgo fuera de Nueva York a curarme la lesión. ¡Vamos, no haga esas muecas delatorias! La declaración jurada continúa en el banco. No creo que te atrevas a rechazar mi humilde petición.

El «boss» se abalanzó sobre ella, invadido por un ataque de ira.

—¡Ven aquí, zorra! —masculló—. No permitiré que retuerzas mis bolsillos como si yo fuera un payaso. Puedes vivir mendigando por ahí.

—No permitiré que continúes diciendo groserías. En ese sentido, mi honorabilidad está por encima de cualquier comentario —precisó la rubia—. Necesito el dinero más que nunca. Y yo soy inflexible en mis decisiones. Si te niegas a ayudarme, esa declaración terminará en manos del inspector Saxon.

—Estás haciendo un vulgar y repugnante chantaje. Pero la culpa es mía por haberte dejado intimar con mis hombres. Reconozco que es justo castigo a mi indolencia.

El empujón que la propinó sirvió para dejarla sentada en el sillón. Matts bebió un trago de whisky, con el fin de calmar los nervios.

—Luna, creo que no te hayas en tus cabales. Pides demasiado. Sin embargo, es posible que lleguemos a un acuerdo.

—¿Cuál es, Johnny? —preguntó ella amablemente, empleando por primera vez el diminutivo.

—Estoy dispuesto a darte ahora mismo cien mil dólares, a cambio de la declaración jurada. Jo Nobel irá contigo al banco. En cuanto ese asunto esté resuelto, puedes irte a donde te dé la gana.

Miss Abel era tan ladina como una raposa, a cuya circunstancia obedeció que se librara mucho de morder en el anzuelo. No quería verse en medio de un remolino de balas.

—Prefiero cincuenta mil ahora mismo; no me conviene tu proposición.

—¿Sospechas que no cumpliré mi palabra?

—Te conozco bien, Matts. Me darías el dinero, pero esta misma noche me lo quitarías antes de matarme. Digo otra vez que la declaración jurada es mi fe de vida. La cosa está clara.

—Confía en mí. Luna. Te entregaré ahora ese dinero y a cambio me devuelves el documento por correo —insistió él, haciendo un gran esfuerzo por mantenerse sereno.

—Son divagaciones, Matts. No vale el juego entre los picaros. Tú tratas de embaucarme y yo puedo corresponderte yendo al banco y simular que saco el documento. Pero no me convencen tales tejemanejes. Si lo hiciera así, no hay ninguna duda que me darías un tiro en la cabeza. ¡Vamos, dame el dinero, jefe! —le instó.

John Matts estaba fuera de sí. Más de una vez abrió el cajón donde guardaba la pistola, que no cogió porque, a pesar de estar enfurecido, tenía un gran aprecio a su pellejo. Sabía que mientras

viviese la chantajista, sería un muñeco suyo. Miss Abel tenía en sus manos las llaves de su vida y tenía que aguantar, por el momento, el despojo.

—Esta situación no continuará así. Me conoces de sobra y sabes que puedo estallar en cualquier momento —murmuró entre dientes—. Estás cavando tu propia fosa.

—Para eso no tienes que hacer otra cosa que matarme y suicidarte después —aconsejó Luna, que demostraba una frialdad inédita en ella.

Matts tuvo una idea al encontrarse de nuevo con las joyas. Conocía a Luna, como una gran presumida, a la que agradaba mucho llevar alhajas de valor. En realidad, había recibido muchos regalos fastuosos de sus amigos, los jefes de las gavillas de forajidos.

—¡Hum!, no quiero hablar más contigo. Estas joyas valen más que la cantidad exigida por ti. Llévatelas.

Luna examinó los objetos de oro y brillantes. Movi6 la cabeza en sentido negativo.

—Valen alrededor de veinte mil dólares. Entrégame el resto en billetes.

No merecía la pena insistir más sobre el mismo tema. Dio la espalda al «boss», retirándose a una ventana que daba a un patio. Se entretuvo contemplando las cajas de botellas y los barriles de cerveza.

Matts endureció las facciones. Era evidente que se fraguaba una tormenta en su cerebro. No le gustaba hacer de muñeco, cuyos hilos eran manejados por la egoísta ex-vampiresa. No dijo una sola palabra más. Le entregó las joyas y los billetes.

—¡Lárgate de una vez!

Luna obedeció sin rechistar. No le pareció oportuno responder con los mismos modales. Había conseguido sus propósitos, por lo que lo demás eran ganas de perder el tiempo.

Los escasos clientes que había en el bar no prestaron atención al paso de la ex galante mujer. Un joven que se tropezó con ella, la miró de arriba abajo sin despertar en él inquietud.

—Estás de capa caída, rica —comentó.

Matts llamó a Jo y Mitchell, que se hallaban en otro piso. El «boss» parecía descompuesto.

—Luna es una sanguijuela que se ha acostumbrado a chuparme

la sangre. Esto no puede continuar así. Si lo consiento, cada vez se hará más y más ambiciosa.

Mitchell se quitó de la boca el habano, que fumaba.

—Cortemos el mal por lo sano, jefe. Es una operación tan fácil como descorchar una botella.

—Eso es lo que he pensado. La mataremos minutos después de apoderarnos del documento. Este es el problema.

—Muy difícil, Matts —reconoció Jo—. Podríamos atracar el banco, pero no descerrajar la caja. Se halla en una habitación acorazada.

—He pensado en todo. Siempre lo hago mucho antes de actuar. Conozco cuál es la caja donde se guarda el papel y el banco en cuestión. La pequeña nave está comunicada por una puerta de hierro de rejas. Arrojaremos una bomba de nitroglicerina.

—Sí, es una buena solución. Ese salón será reducido a escombros. Pero, ¿sabes si el explosivo es tan poderoso que destruya las cajas de acero?

—Estoy seguro de lo que he planeado. Déjalo de mi cuenta.

Alargaron la conversación durante cerca de una hora, estudiando todos los extremos de la proyectada operación. Decidieron dejarlo para el día primero del mes, cuando Luna iba al banco a firmar su presencia.

—Pero antes haremos otros trabajos. ¿Sabes que acaba de salir míster Illis?

—¡Las barbas de míster Illis! —exclamó Mitchell—. Me hubiera gustado hablar con él. Es un tipo curioso, millonario con modales de mendigo o, cuando menos, vagabundo.

—Ha sentenciado a muerte a dos individuos.

—¿De la televisión? —preguntó Jo.

—Creo que no. Baxter trabaja en el «Trust Manufacture». Es uno de los muchos contables que tiene ese banco. Se ha casado hace meses y vive en un barrio humilde del Bronx.

—Pero este otro guapo mozo debe ser artista de la televisión.

—No. Es un policía.

—¿Un policía? Mal asunto, jefe.

—¡Bah! No tiene importancia. Nuestro oficio es matar, no importa a quién, ni por qué —replicó salvajemente el «boss»—. Roland es agente de la Metropolitana en la Jefatura de Hoboken.

—¿Hay conexión en ambos casos?

—No. Ellos no se conocen. La muerte del primero no significará sobreaviso para el segundo. Podéis empezar por el chupatintas. Para vosotros será asunto facilísimo.

Al día siguiente de esta conversación, Baxter se hallaba en el punto de mira de Mitchell. Le habían seguido desde su casa a la oficina, y a la inversa. Su esposa era presumida y sabihonda, que se creía con más gracia que una «vedette» de Broadway. A los dos meses de estar casados, ella había dejado bien claro que la que mandaba en la casa era ella.

—Eres un ridículo, querido. No me gusta que hagas el ridículo cuando hablamos con personas instruidas. Dijiste una tontería en casa de míster Mayor. ¿Por qué no te callaste, bobo?

—Perdón, Irene. Me parece que había bebido más de la cuenta —se disculpó él.

Irene tenía cuatro o cinco años más que Baxter, y estaba de vuelta de demasiadas cosas. Baxter se rindió como un tórtolo inexperto, y eso a pesar que tenía aspecto de galán y que también corrió sus aventuras.

Mitchell oyó los reproches que Irene dirigía a su marido. No hizo ningún comentario por su parte. Llevaba la «recortada» debajo de la gabardina, como pregonera de sus siniestras intenciones.

—Bueno, querido, esta noche espero que llegues más temprano que ayer.

—Estaré contigo en cuanto me deje el jefe. Tenemos que hacer muchas cuentas.

—¿Números en la oficina? ¡Ah!, eso está muy bien.

El pobre hombre salió del banco a las ocho y media de la noche. Mitchell y Jo le esperaban en un callejón oscuro, cerca del río Hudson, precisamente por donde tenía que pasar el contable. En cuanto lo vio en la acera solitaria, Mitchell levantó el gatillo de la escopeta. Estaba a tiro. Se la echó a la cara.

Sin embargo, Jo Nobel reaccionó de distinta manera. Oía cerca el correr de las aguas del río. No pasaba nadie por los alrededores. Dio con el codo a su compañero.

—No dispaes. Me parece una aberración abusar de nuestra superioridad. Amenázale, mientras yo le estrangulo.

—Es mejor dejarle como una criba.

—No me parece bien. ¿No ves que parece un lechuguino venido a menos? ¿A qué gastar pólvora en él?

Salió a su encuentro. Baxter se quedó parado delante del asesino.

—¿Me da lumbre, por favor?

No encendió el pitillo que llevaba en la boca. No precisó tampoco la ayuda de la «recortada». Le sacudió un fortísimo puñetazo en la boca. Baxter no tuvo tiempo siquiera de reponerse de la primera impresión. Jo le sujetó por el cuello. Seguidamente se lo echó a la espalda, arrojándole en seguida al río.

—¡Hum, Jo! —protestó Mitchell—. No me gusta que te hayas adelantado. Tú sabes que manejo la escopeta como nadie.

El gorgoteo del agua anunciaba que se hundía un peso. Las ondas se hacían cada vez más pequeñas, hasta que el río volvió a su normalidad. Baxter no molestaría más a la sabihonda Irene.

Pero el cadáver fue descubierto horas más tarde. Un examen realizado por los médicos de Medicina Legal reveló las circunstancias del crimen. Aquel hombre había sido estrangulado antes de caer al Hudson. La mandíbula desencajada expresaba también que había recibido un golpe antes de morir.

Robert Saxon se encargó de esclarecer el enigma. ¿Era un nuevo crimen de los asesinos a sueldo? ¿Quizá un vulgar suceso entre dos enemigos?

Baxter no tenía ni el más remoto nexa con Engler, Plywer o Luna Abel. En los años mozos había sido un muchacho de barrio, que organizó tumultos en las calles del Bronx. Años más tarde, dos compañeros de fechorías infantiles habían sido ejecutados en Sing-Sing, como miembros del «gang» del puerto y autores de dos asesinatos. Baxter no se vio con ellos hacía diez años.

Saxon desestimó la posibilidad de que un antiguo amigo de Irene hubiera sido el autor. Irene se divirtió con los amigos, a quienes no deslumbró ni despechó. No tenía justificación un asesinato posterior.

Todo parecía oscuro y difícil. Saxon no adivinaba el móvil del crimen. Baxter no tenía enemigos mortales. No debía dinero ni le debían. Era un simple y rutinario empleado de banco, sin otros problemas que los que provenían del carácter de su esposa.

La madre respondió a las preguntas del hombre del F.B.I. entre

hipos y sollozos.

—Desde que conoció a Irene, parecía otro. Le habían gustado mucho las chicas, pero eran aventureras sin escrúpulos.

—¿No le vio nunca preocupado por algún fracaso sentimental?

—Una vez, hace unos cinco años, le vi preocupado y silencioso. Me dijo que había tenido un lance con una muchacha y que ahora le exigían responsabilidades. Mi hijo la rechazó terminantemente.

—¿Se trataba de una aventura de «night-club»?

—Lo supongo. Sentía una notable atracción por los «dancings». Una vez ganó un campeonato de baile.

—Pero ¿no conoció usted a la muchacha en cuestión?

—No... Fue un suceso como ocurren muchos en la ciudad. Le querían engañar convenciéndole de su responsabilidad. ¿Qué otra cosa se puede esperar de las mujeres de tal categoría?

—Es verdad. El hecho de que no hablara con usted para rogar su ayuda, demuestra que era una cualquiera.

—No me explico su asesinato —razonó la madre—. ¿No cree que le atacó un ladrón creyendo que llevaba dinero?

—Pudo ocurrir así, aunque lo dudo.

El caso seguía tan oscuro como al principio. Baxter había sido un empleado modelo, que nunca se quedó con un solo céntimo, a pesar de que pasaban miles de dólares por sus manos.

—Hace tres noches, al salir del banco, observé que le esperaba un anciano que llevaba una buena barba —comunicó un compañero de trabajo—. Se estrecharon la mano y desaparecieron en la noche.

Saxon se acarició la barbilla.

—Un hombre barbudo que nadie conoce. Nadie me ha hablado de él. ¿Acaso tenía Baxter una segunda personalidad?

Metió un pitillo en la boquilla y salió a la calle más cabizbajo y pensativo que nunca.

CAPITULO 5

Pista: las barbas

LE obsesionaba la barba del caballero desconocido. El contable compañero de Baxter no amplió detalles a la información que dio primeramente. Observó que Baxter le saludaba y que después se dirigieron hacia el norte de la ciudad.

—No los oía hablar, pero me pareció que Baxter le tenía un gran respeto. Cuando le saludó, vi perfectamente que se inclinaba reverencioso.

—¿No habló nunca Baxter de sus amigos, de alguna afición especial que tuviera, de un proyecto ambicioso que le daría dinero, de que formara parte de una sociedad benéfica o deportiva?

—Era muy reservado, sobre todo desde que conoció a Irene. Una vez le oí decir que pensaba fundar un banco, pero, como usted supondrá, debió decirlo en un momento de delirio, o bien que bromeaba.

Robert Saxon no lograba unir los cabos de aquella investigación, pero no se apartaba de la idea de que los «gangsters» estaban por medio.

Luna Abel lo sabía. No había indicio policiaco que relacionase el último asesinato con los dos anteriores, salvo su mismo misterio. Pero en su infancia, Baxter fue amigo de forajidos que purgaron sus delitos en la silla eléctrica. Por este delgado hilo se insinuaba una posible relación con los otros sucesos.

El confidente del puerto huroneaba inútilmente. Allí estaba la solución del problema. El cadáver de «Sabandija» era la única

manera de llegar a la banda que cometía crímenes por encargo.

Pasadas las ocho de la noche, Saxon decidió pasarse por el piso de miss Abel. Le gustaba aquella mujer, aunque no se hubiera enamorado. Si tuviese influencia sobre ella, la obligaría que se despojara de aquellos absurdos vestidos para admirarla como merecía.

Esperaba ver a la doncella negra que le abría la puerta. Pero no fue así. Nadie respondió a las llamadas. Miss Abel no se hallaba en su casa.

Al inspector le interesaba Luna como punto de partida de sus pesquisas. Había dicho que se trasladaba a Denver. Telefoneó al jefe de la policía del Estado de Colorado. Horas más tarde recibía la noticia de que Luna Abel no se hallaba en Denver.

De Riverside Driver a Neward había una distancia considerable. Tenía que atravesar Nueva York y meterse en el túnel que une Manhattan con Nueva Jersey, Estado al que pertenece aquella población, aunque parece más bien un barrio de la ciudad. No conocía personalmente a John Matts, pero sabía que era amigo de Luna Abel.

¿Quién era John Matts? Se hacía esta pregunta mientras tomaba un vaso de whisky en el bar de Newark. Profesionalmente se le conocía como propietario de cantinas y tabernas. Una de estas cantinas se hallaba en el puerto, la que tenía mayor popularidad entre los trabajadores del muelle. Esta información fue confirmada por el confidente aquella misma noche, por lo que se entrevistó con Saxon por segunda vez.

John Matts tenía una impresionante ficha policíaca. Había sido atracador, desvalijador de cajas acorazadas y extorsionista. Dos veces estuvo en la cárcel castigado por sus delitos. La causa por el asesinato de un cobrador fue sobreseída por falta de pruebas contra Matts. Pero desde este suceso habían pasado doce años, tiempo suficiente para olvidar errores pasados.

Desde luego, ninguna anormalidad, por leve que fuera, distrajo la atención del sabueso. El bar de Newark era un establecimiento vulgar y corriente, frecuentado por los obreros de una poderosa industria eléctrica, cuya fábrica se hallaba cerca. No vio un tipo característico del hampa por allí.

Obreros, oficinistas, gente de tránsito, el juez del distrito e

incluso policías uniformados.

Dos motoristas de la Metropolitana desayunaban siempre allí. Los clientes que bebían en unión de Saxon eran horteras que acababan de salir de detrás de los mostradores, dos galantes aventureras de calle, el médico que pasaba la consulta en el piso de arriba y los conductores de una línea de autobuses. Examinados de vista, antropológicamente, no parecía que hubiera allí un forajido profesional, que suele tener rasgos reconocibles.

John Matts era harina de otro costal. Había salido al bar para preguntar algo al camarero. Saxon pensó que era individuo con aspecto de perro de presa, pues así lo decía la anchura de sus espaldas, carilleno, el cabello hasta el cuello y la abultada sotabarba de cerdo bien cebado.

Más tarde apareció Jo Nobel, con el aire de ausencia que le hacía todavía más temible. Se internó en la trastienda seguido de Mitchell, en cuya boca no podía faltar el humeante habano.

Era la primera vez que veía Saxon a tales sujetos. No los olvidaría ya.

Pero no le era imprescindible hablar con ellos aquella misma noche. Estaba seguro que no le dirían nada de interés. Además, prefería observar a Hugh Stainer, el petimetre que no pudo conquistar a Luna Abel.

Stainer no se hallaba en el cabaret de su preferencia. Tampoco le encontró en otros clubs nocturnos, quizá porque entretenía el tiempo arrullando a una cándida provinciana.

El inspector se dirigió a Jefatura casi en el mismo momento en que Jo y Mitchell enderezaban sus pasos hacia la oficina policial de Hobaken. Eran previsores. A partir del día siguiente serían espíados por un agente a las órdenes de Saxon.

Buscaban a Roland, el segundo condenado por el hombre de la barba. Le vieron salir cogido del brazo de otro compañero. Los siguieron desde lejos. En el cruce de la calle, después de estar unos minutos hablando, se despidieron. Roland tomó el «bus». Mitchell lo cogió casi al mismo tiempo. Jo subió cuando rodaba el vehículo.

Iban muy pocos viajeros. Roland ocupó un asiento del centro. Mitchell lo hizo al otro lado, dos filas más allá. Jo permaneció en la plataforma.

Los pistoleros cruzaron varias veces las miradas. Jo detuvo a su

camarada, que sin duda era más impetuoso y prefería activar el trabajo. Convenía preparar el suceso de manera que fuese un crimen sin pistas, como tantos otros que habían realizado antes.

Roland se bajó a la terminación del trayecto. Entonces avanzó de prisa por la acera, justamente en el lugar donde se hallaban un cine y una cafetería en la otra esquina. En aquel momento salían los espectadores del cinematógrafo, lo que evitó que los «gangsters» disparasen.

El policía se internó en el bar. Desde una de las ventanas. Jo Nobel vio que se reunía con una mujer bastante agraciada, de unos treinta años, por lo menos ocho menos que Roland.

Ella parecía inquieta y desasosegada. Miraba insistentemente a la calle y se sobresaltó cuando apareció un nuevo cliente, a quien sin duda creyó un conocido.

—Parece que se resiste, Jo. Ella tiene miedo. ¿De qué? —preguntó Mitchell.

—Es una cita clandestina. ¿No ves que no aparta los ojos de la puerta?

Jo Nobel pasó a la cafetería. La pareja se había retirado a una mesa. Roland pidió al camarero una cena fría.

Nobel se acercó a la gramola eléctrica, por cuya ranura metió una moneda. Frank Sinatra empezó a cantar una melodía suave. Mitchell, que esta vez no llevaba la escopeta, esperaba en la calle.

—No puedo hacerlo, Roland. Ha dicho que volvería a las nueve de la noche. Tengo que estar allí, tú lo sabes —se resistía ella.

—No seas tonta, Loise. Puede esperar. Hace días, casi una semana, que no te veo. Tengo que decirte muchas cosas.

—Podemos vernos el domingo.

—Hoy es viernes, querida. ¿Cómo quieres que esté dos días sin verte?

Volvió a sujetar las manos. Loise se retiró un poco. Estaba tan inquieta, que cada vez que se abría la puerta se estremecía de miedo.

Mientras Roland agotaba la cena, Loise bebía un vaso de leche.

—Esta noche estoy libre —dijo el policía entre bocado y bocado—. No haré servicio hasta mañana a última hora. Podríamos divertirnos. Hace mucho tiempo que no bailamos.

—No puedo, Roland. Dentro de unos minutos te abandonaré.

—No lo permitiré. Hemos nacido el uno para el otro. Nos queremos.

—Sí, pero...

—¡Eres deliciosa, Loise!

Jo Nobel puso otro disco. Ahora cantaba Nat «King» Colé con su pintoresca interpretación del español. Fallecido hacía años todavía su voz era popular y sus discos vendidos por millares.

Roland le dirigió una mirada de censura sin duda por no agraderle aquella música. Jo se encogió de hombros sonriendo. Loise sonrió también. Roland inclinó demasiado la copa, por lo que cayeron unas gotas en la mano izquierda.

—Espera, Loise; voy al cuarto de servicios.

El lavabo se hallaba al final del salón, en la parte más oscura, donde desapareció el policía. Loise aprovechó su ausencia para llamar por teléfono. A Jo no le interesaba en absoluto el problema de la mujer. Era la ocasión para poner de manifiesto su pericia como tirador.

Tenía en la boca la misma canción que cantó «King» Colé. La tataba sin ritmo ni orden y llevaba las dos manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

El pistolero se detuvo delante de la puerta del lavabo. Roland secaba entonces sus manos. Después cogió un peine, que pasó por su cabeza. Precisamente a través del espejo vio que el desconocido sacaba una mano, con la que empuñaba una pistola.

Se volvió sin pérdida de tiempo, haciendo ademán de sacar un arma, como así lo hizo. Pero antes de que pudiera disparar. Jo Nobel había soltado la primera bala, que alcanzó en el blanco.

—¡A...sesino! —exclamó el agente, disparando a su vez.

El «gángster» se sintió herido en un muslo. Pero aunque notaba que la sangre corría por la pierna, disparó dos veces más. Roland llevó las manos al estómago y se desplomó pesadamente, gimiendo entre dientes.

Jo Nobel no podía salir por la puerta del bar, pues los clientes se precipitaban hacia él. Mitchell estaba alerta a la entrada. Loise parecía horrorizada por los disparos. Salió a la calle corriendo, sin saber todavía el desenlace del suceso, ni siquiera si Roland había sido herido.

Cojeando visiblemente, el pistolero callejeó por entre las mesas

en dirección de una ventana. No dio la cara a los que le perseguían, que no llevaban armas, pero disparó al techo a fin de amedrentarles.

Abrió los cristales, por cuyo hueco se arrojó a la calle. Segundos más tarde se le unía Mitchell.

—Estoy herido, Mitchell. No puedo andar.

—Apóyate en mí. Tenemos que escapar. Nos jugamos la cabeza.

—Creo que hemos hecho mal este trabajo. Debimos haber traído el automóvil.

—No te inquietes. He echado el ojo a un coche aparcado cerca.

Jo hizo un gran esfuerzo colocando un brazo por el hombro de su compañero. Volvieron la cabeza y dispararon tres veces. Corrieron buscando el vehículo estacionado.

Tuvieron fortuna en su fuga. Cuando llegó el primer policía, Mitchell estaba ya al volante. Pisó fuerte el acelerador. Muchas gotas de sangre se habían estrellado en el asfalto.

Huyeron sin dejar otra huella que las gotas de sangre de Jo Nobel. Constituían una pista de gran valor policíaco. Saxon, que se trasladó al lugar del drama minutos más tarde, ordenó que los especialistas de identificación recogieran aquella sangre y que la examinasen.

La víctima era un policía de la Metropolitan, un policía de los llamados «duros», que trataba a los delincuentes con severidad y violencia. Había detenido a numerosos malhechores. A Ted Hot, ladrón profesional, le había roto un brazo después de detenerle simplemente porque se negó a responder a una pregunta. Corrían rumores en el bajo mundo de que Hot había querido matarle. Fue detenido como sospechoso.

—Yo no he sido. Le odiaba y juré su muerte en un momento de delirio —se defendió el ladrón—. Soy consecuente y no puedo hacer una tontería. Me iba el pellejo.

Los clientes de la cafetería no pudieron proporcionar pistas sobre el asesino. Jo Nobel cuidó de esconder la cara. Loise le vio pero no le recordaba.

Lo que sí sabía Saxon era que el pistolero había sido herido en una pierna. Inmediatamente se controlaron todas las clínicas y se rogó a los médicos que denunciaran al hombre que se presentase herido en una pierna. Pero no apareció pista alguna.

Numerosos policías investigaron por los antros y lugares considerados como centros del hampa. Mil oídos, escuchaban en tabernas y bares, esperando sorprender una conversación sospechosa.

Entretanto, el inspector Saxon se interesaba por la vida de Roland. Su amiga Loise manifestó que su amistad con el policía había sido puramente estimativa. Se conocieron tres meses antes en una exposición de pinturas.

Roland permaneció soltero, probablemente por su carácter adusto y por sus reacciones temperamentales fuera de lugar. Los agentes de Hoboken no le vieron nunca con una mujer. Su aventura con Loise debió obedecer a un deseo amoroso tardío.

—Roland procedía del estado de Ohio. Hace años que vivía en Nueva York —informó su teniente-jefe—. Una vez recibió una carta acompañada de una fotografía. Se quedó pensativo unos minutos y después la arrojó a la lumbre. Creo recordar que dio un profundo suspiro.

—¿De quién era aquel retrato? Sospecho que debió de ser un amor perdido. El suspiro fue revelador.

—Me parece que no era una fotografía de mujer. Lo único que vi fue un pato grande de goma. Sólo vi un ángulo.

Los asesinatos sin dejar pistas, sin aparente móvil, se sucedían alarmantemente. Saxon tenía que terminar con aquel estado de cosas. Sabía que prosperaba una banda de asesinos que actuaba por encargo y que estaba relacionada con el puerto de Brooklyn.

John Matts tenía cantina en el muelle. John Matts había sido amigo de Luna Abel, la bella desaparecida. Trataría de buscar por allí.

* * *

El inspector Saxon sentía un gran interés por conocer el establecimiento de bebidas situado en el puerto. El puerto de Nueva York es un verdadero avispero donde se habían cometido múltiples asesinatos, que en muchas ocasiones quedaron impunes.

Hacía meses que el jefe de este turbulento sindicato, un tal Anastasia, había sido asesinado mientras un barbero le pasaba la brocha por las mejillas. Era probable que aquel crimen hubiera sido cometido por los mismos pistoleros que mataron a Engler.

Pero Saxon no estaba encargado de investigar las actividades

delictivas dentro del puerto. Otros policías tenían por misión, vigilar a los forajidos que prosperaban en aquel mundo aparte. Porque el fraudulento sindicato tenía un enorme poder. Una huelga sincronizada de estibadores y remolcadores del Hudson paraliza por completo la vida de Nueva York.

Pero este asunto no era de su incumbencia. Los confidentes no habían logrado identificar a los hombres que recuperaron y escondieron el cadáver de «Sabandija». Saxon presentía que John Matts se había desprendido de él bañando el cadáver en una buena dosis de cal viva.

Presentir, sin embargo, no es probar. La prueba es la piedra angular de toda investigación policiaca.

El bar de Matts se hallaba en una calle que solamente tenía una fila de casas. Al otro lado empezaba el mar. El penacho de humo de un ferrocarril portuario empañaba la silueta de los altos edificios de Manhattan.

—Sí, deme una copa de ginebra.

Se situó de espaldas a la barra y extendió la mirada de un ángulo a otro del local. En mitad del salón había una mesa de billar, donde jugaban dos hombres. Un tipo rechoncho, casi calvo, de brazos cortos y ojos pequeños, era el encargado. Manejaba el taco con soltura y destreza.

Más allá, en una mesa, cenaban seis obreros. Otro grupo de jóvenes hablaba de los próximos partidos de béisbol. En la mesa más apartada bebían whisky varios estibadores y oían atentamente las explicaciones de un desconocido, tan bien trajeado como duro de rostro. Era probable que fuera un enlace de los jefes del sindicato.

Saxon torció la cabeza hacia la entrada. Acababa de frenar un automóvil, del que bajó una mujer que podía ocupar el cetro que abandonó Luna Abel. Llevaba al hombro una estola negra de piel y andaba con provocativa intención. Era curioso y sugestivo el lunar que tenía en la barbilla.

—¡Jack, querido! —llamó con voz argentina.

El aludido era el postinero de la última mesa. Se levantó en seguida y fue a su encuentro.

El encargado calvo y rechoncho, suspendió el juego con el fin de ver el espectáculo. Le había llamado la atención aquella mujer

mucho más que otras aventureras de bajos vuelos que se hallaban con sus amigos.

La miró de arriba abajo. El traje negro ajustado resaltaba mejor su hermosura.

—Ya está bien. Este local es público —dijo, dándole en el hombro a ella.

El postinero se desprendió del abrazo. Abrasó con su mirada al osado inoportuno.

—No te conviene armar jaleo, Jack. Me conoces bien y sabes que es difícil acertar cómo puedo reaccionar. No me gusta llevar la pistola en el bolsillo. Pesa demasiado.

Jack levantó una mano dispuesto a romperle la boca. Pero la dejó suspendida. Tres obreros se habían levantado y le miraban con las peores intenciones.

—Suéltame, Jack. Estos chicos pueden hacerte daño. ¿No te han picado nunca las pulgas? Son molestísimas.

Jack no se atrevió a responderle. Se volvió a la mujer, a la que sujetó por un brazo. No dijo una palabra más. Cruzaron el salón en dirección del coche.

Saxon dejó la copa en el mostrador. Había visto demasiado. Todo aquello no le interesaba para su pesquisa. Le era conocido el ambiente de los cafés del puerto.

Salió a la calle. Era la primera visita que hacía a la cantina de John Matts. Quizá no le fuera preciso visitarla otra vez.

Allí no encontraba nada digno de investigar.

CAPITULO 6

Hugh Stainer

JO Nobel estuvo muchos días sin salir a la calle. Le atendió un médico que merecía toda confianza de los gerifaltes del hampa. Cuando salió a las avenidas de Newark, Saxon no había revelado todavía el misterio de los asesinatos. No había podido establecer una pista, pero, de cualquier manera, le sorprendió la ausencia del pistolero predilecto de Matts.

—Sí, cojea un poco, inspector —informó el agente que tenía la misión de vigilar el cuartel general de la banda del crimen—, ¿No cree usted que deberíamos detenerlo como sospechoso?

Saxon reflexionó un instante.

—Es un hueso duro de roer, pero si las pruebas le acusan inequívocamente, creo que estaremos a un paso del final. Deténganle cuanto antes, que yo esperaré aquí la visita de ustedes.

Fue detenido a las ocho de la noche en el bar de Newark. Cuando le pusieron las esposas, se quedó estupefacto, sin perder el control, pero afectado visiblemente.

—No tienen derecho a detenerme —protestó con voz áspera y bronca—. ¿Creen que debo dinero a alguien?

John Matts intervino en su favor.

—Inmediatamente llamaré a nuestros abogados. ¿De qué delito le acusan?

—Pero no pueden llevarme esposado —insistió Jo en su protesta, mirando los grilletes de acero como si fueran artefactos infernales.

Los agentes se interrogaron con la mirada.

—Sí, hemos actuado precipitadamente. Le quitaremos las esposas. Además, podemos decirle el motivo de su detención. Usted es sospechoso de haber asesinado al policía Roland.

Le quitaron las esposas antes de salir del bar. Un agente le sujetó del brazo y subieron en el coche. Matts los despidió desde la puerta. A continuación, maniobró con la rapidez característica en él.

Robert Saxon acogió al detenido con extremada cortesía. Le invitó a una copa de licor, que bebió entre chupadas del exquisito cigarrillo turco.

—Usted tiene una herida en la pierna, exactamente igual que el asesino de Roland. Usted es un importante elemento de una banda de «gangsters». Este es el motivo por el que le acuso del asesinato.

—Usted delira, inspector. Es verdad que tengo una herida en la pierna. Recibí un balazo hace doce días. Puede usted verla.

Enseñó el muslo izquierdo, donde le había alcanzado la bala.

—Efectivamente, pero la cicatriz demuestra que la herida fue hecha hace más de dos semanas.

—Doce días —precisó el forajido—, uno antes de ocurrir el crimen de que me acusan.

—Bien, tendrá que decirme quién le hirió.

—Burney, un tipo del puerto. Discutimos por una tontería, por unas faldas. El resultado está a la vista.

—¿Por qué no denunció esa agresión?

—No lo creí oportuno. Hace años, le di yo un botellazo en la cabeza que estuvo a punto de llevarle a la tumba. Tampoco me denunció. Como verá usted, es justa correspondencia a la suya.

—No me convence. Hace tiempo que tengo un nombre subrayado en mi agenda, desde el asesinato de John Plywer.

—Este suceso será cosa de Arthur o Hugh Stainer.

—¿Por qué?

—Por Luna Abel. ¿No la conoce? Es una zorra. Stainer estaba indignado con ella porque le rechazó. Stainer está acostumbrado a domar mujeres, pero miss Abel le resultó demasiado indómita. ¿No comprende? Stainer sufre alteraciones mentales. Agredió a Luna por haberle rechazado y a Plywer, por haber demostrado que era más hombre que él.

—¿Tiene usted pruebas?

—Las que le he dicho.

—Usted se desenvuelve demasiado bien para mi gusto. Sabe su oficio. Pero ya no le hago caso. Usted es la mano ejecutiva de la banda de los criminales que asesinan por encargo.

—Eso es igual que decir que soy el hechicero de una tribu de África. ¿Dónde están las pruebas?

—Solamente ustedes pudieron apoderarse del cuerpo del asesino de George Engler.

—Leí aquella información. Pero ese cadáver se quedó en el mar. Usted tiene la culpa de no haberlo hallado.

—No mienta, Nobel. Usted recibió orden de asesinar a Engler y Roland. ¿Quién encargó estos servicios a John Matts?

El «gángster» rió estrepitosamente, inclinándose hacia atrás en la silla.

—¡El tío de la barba, hombre! —exclamó.

Saxon no se inmutó.

—Exacto; el viejo de la barba estuvo hablando con Matts. Le vi salir del bar. ¿Qué trabajo encargó tan distinguido barbudo? —preguntó, enhebrando el hilo de la pesquisa por donde el forajido le había señalado.

—¿No ve que estoy riéndome de usted? El hombre barbudo es un cliente del bar.

—Está mintiendo, Nobel. Hace dos semanas que no ha estado por allí.

—Debe estar acatarrado.

—Sospecho que el viejo de la barba encargó los trabajos que me preocupan. ¿Cómo se llama y cómo llegó hasta vuestras oficinas?

Jo Nobel advirtió que el inspector tomaba en serio lo que él había dicho en tono de broma. Tenía que replegar velas antes de que fuera tarde.

—Bromeaba, inspector. No he visto nunca a ese hombre barbudo.

Llamaron a la puerta. A una señal de Saxon, apareció un agente.

—Ha llegado la señora que citó usted, señor.

—Que pase.

Jo Nobel torció la cabeza, haciendo un movimiento rápido y mecánico. No demostró inquietud o sorpresa cuando vio a la amiga de Roland que conoció en la cafetería de Hoboken.

—Muchas gracias, Loise, por acudir a mi cita —dijo Saxon—, ¿Es el hombre que escuchó tantas veces la canción de «King» Colé en la noche del crimen?

Loise vaciló antes de responder. Miró detenidamente al sospechoso.

—Se parece —titubeó.

Nobel se puso en pie.

—Bueno, eso no importa. Yo no me hallaba en la cafetería a la hora del crimen, sino en la clínica del doctor Anderson, curando la herida que me hizo Burney —rechazó—. Soy inocente. ¿Por qué no habla usted claro? No nos hemos visto nunca.

Loise parecía cohibida. No tenía ánimos para enfrentarse al asesino y señalarle, sin lugar a dudas. Tampoco estaba segura que fuera el asesino.

—Siéntese, Nobel —ordenó el inspector—. No dirá usted que soy severo y que le obligo a declarar. Le permito esas libertades porque todavía es hombre libre. Ahora hable usted, Loise. ¿Es el mismo hombre que vio en la cafetería?

Ella ocultó otra vez la mirada, quizá buscando solución a su aturdimiento.

—No puedo asegurarlo, inspector... Yo no quería estar con Roland... No tenía nada con él... Me citó casi por la fuerza.

—Ahora no nos interesa su problema sentimental, Loise. Estamos investigando un asunto más grave.

La joven agachó la cabeza.

—No sé si este hombre estuvo allí.

Saxon no quiso insistir más. Comprendió que no favorecería a la investigación el estado psicológico en que se hallaba la mujer, quien no tenía ánimos para hablar.

Minutos más tarde se presentaba John Matts con todo su aparato de organización; el doctor Anderson, el estibador Burney y dos taberneros del puerto.

—Sí, yo herí a Nobel —afirmó Burney—. Le herí con esta pistola.

La pistola era del mismo calibre que la que utilizara Roland.

—Nosotros fuimos testigos de la pelea. Reconocemos que Jo tuvo la culpa, puesto que se metió con la amiga de Burney —dijeron los trabajadores.

—Yo curé la herida. No di parte, porque recibí el aviso de que denunciáramos a un hombre herido en la pierna veinticuatro horas después de haber asistido a Nobel. Ustedes decían que tal forajido había sido herido en la noche de aquel mismo día.

Robert Saxon conocía la organización de los nuevos magnates del vicio. Todo lo tenían regulado y establecido. No dejaban nada a la improvisación. Eran tan poderosos sus resortes, que eran capaces de hacer aparecer negro lo que era blanco. Testigos y silencios estaban comprados. Contra este muro impresionante no podía luchar el inspector Saxon.

—Está bien; pueden marcharse.

No estaba convencido de la inocencia de Jo Nobel. Le dejaba en libertad mientras reunía pruebas que diesen al traste con la organización de John Matts. No le faltaría paciencia.

Sin embargo, aumentó la vigilancia sobre el «gang» de Matts y dentro del puerto de Nueva York. Ojos y oídos de la policía veían y escuchaban. Un nuevo confidente había entrado en acción. Su misión consistía en intimar con Burney y los dos obreros que dieron fuerza a la coartada de Nobel. Pasados los primeros días de tanteo, el experimento dio sus primeros frutos.

—Aquella escena la preparó Matts. Yo no herí a Nobel. No sé quién le ha herido, pero me lo figuro —dijo Burney, una noche que los vapores del alcohol se le habían subido a la cabeza—. Por ese servicio me entregó mil dólares.

—A los falsos testigos los pagó mejor —le animó el confidente.

—¡Oh, no! Esos son pelagatos del puerto. Pero el medicucho sí se llevó más. A Matts le sobra el dinero.

—¿Cuánto os dio por recoger el cadáver de «Sabandija»?

—Cinco mil —contestó rápidamente—. Yo mismo le recogí y le escondí en la cloaca. Luego se lo entregué a Matts. Ha sido el trabajo mejor pagado.

—Matts tiene un cementerio especial para sus víctimas.

—El cadáver de «Sabandija» desapareció en un envase lleno de cal. Después lo arrojó a un sumidero.

A Saxon no le sorprendió nada esta información; la esperaba. Conocía también que Hugh Stainer estuvo dos horas reunido con John Matts en la trastienda. Y tenía el presentimiento de que aquella banda tenía algo grave entre manos.

—No sé, inspector. La entrevista entre ambos sinvergüenzas debió ser tormentosa. Vi salir a Stainer pronunciando palabras gruesas —informó el agente que vigilaba a John Matts.

—¿No sabe usted el motivo de esa discusión?

—No. Es secreto entre ellos. De cualquier forma, sospecho que ocurrirá en breve algo grave. He observado que están preocupados.

—Bien, los dejaremos hacer para cogerlos con las manos en la masa. Las pruebas se acumulan contra ellos. Hemos comprobado que el canalón que enlaza el bar con la alcantarilla está emblanquecido por la cal, lo que quiere decir que han vaciado varias veces el envase de cinc.

—Pero no podremos descubrir el cuerpo del delito, esto es, los restos del cadáver de «Sabandija».

Eran las diez de la noche, buena hora para interrogar a Hugh Stainer, que seguramente se encontraría en el cabaret de su propiedad. Stainer había conseguido independizarse hacía meses. Con anterioridad fue elemento de una banda que explotaba el vicio y se acreditó como pistolero famoso por su crueldad, astucia y sangre fría. Según Nobel, era el asesino de Robert Plywer, aunque no demostró su confesión con pruebas. No tenía gran valor aquella pista psicológica.

No se hallaba en el cabaret, circunstancia que sorprendió a Saxon.

—Salió hace tiempo —informó el conserje—. Es probable que esté en su domicilio.

Habitaba un piso de una calle elegante, pero ruidosa por la enorme circulación automovilística. Todo eran ruidos de motores, bocinas y claxon. Por detrás, había una fábrica de electricidad, cuyos zumbidos aturdían a veces a los vecinos.

Saxon llamó a la puerta. Como no le respondieron, repitió la llamada con los nudillos de la mano. Sin darse cuenta empujó con la rodilla, a lo que obedeció que se abriese unos centímetros.

—¡Míster Stainer! —llamó—, ¿Puedo pasar?

La respuesta fue un silencio impresionante. Empujó más. El piso estaba sumido en la mayor oscuridad, igual que si estuviera deshabitado.

El inspector no disponía de orden judicial para entrar en la casa. Pero no había violentado la puerta, por lo que no cometía ningún

delito avanzando unos pasos. Le había sorprendido que estuviera abierta.

Encendió un fósforo, que le sirvió para avanzar por el salón. Llamó a la puerta encristalada, pero no respondió nadie. Vislumbró el interruptor de la luz.

Se hallaba inquieto como un ladrón, cuando entra en una casa extraña dispuesto a robar. Oyó pasos por el pasillo. Volvióse lentamente. Vio unos pies que andaban de prisa en dirección de otra vivienda. Esperó a que dejaran de oírse las pisadas. Entonces encendió la luz.

No pudo evitar que se le escapara un suspiro. Agrandó mucho los ojos y se quedó inmóvil, suspenso el ánimo, sin apartar la mano de la llave del alumbrado.

Por los cristales de la ventana se veía la calle, donde un anuncio luminoso, con figura de gacela, se apagaba y encendía. Más allá se divisaban las luces del puerto.

Tendido en la alfombra, boca abajo, sobre una gran mancha de sangre, había un hombre muerto. Saxon se atrevió a darle la vuelta. Era Hugh Stainer.

Tenía un balazo en la cabeza. No se notaba desorden en la habitación. En la mesa había dos vasos, uno lleno de whisky y el otro casi agotado. En la percha estaba la gabardina del muerto, todavía humedecida por la lluvia. En el cenicero halló Saxon un habano que se consumía solo.

¿Se trataba de un ajuste de cuentas? Stainer no respetó los estatutos que existen dentro del hampa, que prohibían establecer cabarets independientes. Stainer, antiguo asalariado del crimen, se negó a pagar los impuestos establecidos por el «gang». ¿Murió por declararse rebelde? ¿Era un asesinato por encargo?

Quizá...

El inspector llamó a sus agentes. Les preguntó:

—¿Ha estado Mitchell toda la noche en el bar de John Matts?

Un policía respondió:

—No. Llegó a las nueve y media. Me sorprendió que no llevase el puro en la boca. Puro y Mitchell son dos cosas que se complementan.

—Es una noticia. Presiento que mañana será nuestro gran día. Esta noche descansaremos.

Efectivamente, se fueron a dormir. Pero estaban alerta a los movimientos de Matts.

CAPITULO 7

Violencia y Pasión

MATTS se hallaba impaciente, sentado detrás de su mesa, donde tenía el cenicero lleno de puntas de cigarrillos. Sobre la misma mesa había dos metralletas y un paquete con nitroglicerina convenientemente envasado.

Tres hombres jugaban al póker a la luz de la bombilla. Estaban en mangas de camisa y llevaban revólveres en las pistoleras de las axilas.

—Bueno, ha terminado la diversión; dentro de unos minutos empezará el drama. Son más de las siete de la mañana. ¿Está libre el camino, Jo?

El aludido acababa de bajar de un piso superior.

—Nadie nos vigila, jefe. Esta hora temprana es la ideal para actuar con libertad. Pero debemos esperar unos minutos.

—¿A qué hora abre el banco?

—A las ocho.

—De acuerdo. Nos presentaremos en el mismo momento en que levanten los cierres — precisó el «boss».

Se volvió a los jugadores Mitchell.

—¿Estás seguro de que Luna Abel está en un pueblecito cercano a New Hawen en el estado vecino?

—La he visto con mis propios ojos. Me consta que ha alquilado un viejo caserón y que apenas sale a la calle.

—A continuación de destruir el documento, proseguirás camino hasta New Hawen y la matarás. Estoy harto de sus chantajes. Me

tiene en vilo desde que se le ocurrió la idea de sujetarme con ese maldito papel encerrado en una caja acorazada.

No salieron por la puerta central, sino por otra que daba a una mediocre calle. John Matts se puso al volante del primer coche, en el que había dejado una metralleta. Los otros cuatro ocuparon el segundo coche, donde llevaban las herramientas para realizar su trabajo.

Llegaron al banco justamente cuando abrían las puertas. John Matts se situó unos metros más allá. Bajaron los cuatro asesinos. Mitchell escondía la metralleta bajo la gabardina. Nobel llevaba el paquete del líquido explosivo atado a una cuerda. Matts vigilaba desde el coche. Jo y dos pistoleros bajaron por la escalera de mármol dorado. Aún no había entrado ningún cliente.

Un pistolero esperó en el arranque de la escalera.

Jo Nobel irrumpió violentamente en el despacho del jefe de la sección de cajas, empuñaba su pistola.

—¡Manos arriba! —amenazó—. Abra inmediatamente el departamento de cajas. ¡Sin rechistar!

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Las llaves de las cajas? —preguntó el empleado sin dar crédito a lo que veía.

—¡No discuta! Quiero que abra el departamento —repitió el «gángster».

—No están aquí, sino en la oficina del director. Esta sección no se abre hasta las nueve.

—Quiere ganar tiempo, ¿eh? —rugió el forajido, que se acercó más y le puso el cañón de la pistola en la nuca.

El pobre hombre sintió un escalofrío singular.

Se rindió. No podía resistir a la terrible amenaza. La secretaria, inmóvil delante de la máquina de escribir, estaba más pálida que un cirio. Entregó la llave.

Salieron a la galería. Un pistolero vigiló desde la puerta. Jo

Nobel franqueó el salón de cajas. Sabía cuál pertenecía a Luna Abel. No pidió su llave porque le constaba que se guardaba en un departamento junto al correspondiente al director, en el piso de arriba, donde hubiera sido suicida acercarse.

Dejó el explosivo junto a la caja de Abel. Estiró una pulgada la cuerda de yesca, que prendió por la punta.

La llama empezó a correr hacia el paquete. Jo Nobel apareció en

la galería, ciertamente satisfecho. Cerró la puerta.

—Lo hemos calculado bien —dijo—. Dentro de unos minutos se producirá la explosión. Ni los empleados de arriba ni los de otras secciones han advertido nuestra presencia.

Se retiraron escaleras arriba, pero llevando delante al jefe de cajas y a su secretaria. Esperaron unos segundos llenos de excitación.

—Oye, Jo, ¿no crees que deberíamos dar un golpe en la caja fuerte? —preguntó Mitchell—. Me parece un estúpido contrasentido irrumpir en un banco y salir sin billetes.

—No somos atracadores, Mitchell. Cada cual actúa según su profesión. Es una orden del jefe.

En aquel momento estalló la nitroglicerina. La explosión fue horrrisona. Tan fuerte era el explosivo empleado, que la puerta de hierro se desplomó en unión de los tabiques. No cabía duda que todas las cajas habían volado y que el documento de miss Abel estaría reducido a ceniza.

Abandonaron a los rehenes entre el desconcierto y el horror de los demás empleados. Todo había ocurrido de conformidad con lo proyectado, sin que se produjese otro suceso que no hubiera estado previsto.

—¡Magnífico! —gritó Nobel—, Este es el final de Luna Abel.

Corrieron a la calle. No tuvieron necesidad de hacer un solo disparo. Nunca habían hecho trabajo con tanta limpieza como entonces.

—¿Has visto, John? —preguntó Nobel—. Luego hablará la gente de los forajidos de los bajos fondos. No atracamos el banco porque no hemos querido, para demostrar que somos gente honrada.

—Ante todo, honorabilidad, Jo —respondió el otro con enorme cinismo.

Montaron en el coche. Matts, desde el suyo, dirigía la retirada. Pero todavía no habían puesto los motores a su máxima velocidad, cuando John se quedó petrificado mirando hacia adelante.

—¿Qué es eso? —murmuró.

Jo Nobel, que conducía el segundo automóvil, se asomó a la ventanilla, haciendo una mueca más de coraje que de sorpresa.

—¡Son policías! ¡Hay que dar marcha atrás! —gritó.

Los dos vehículos patinaron en la calzada. Dieron un profundo

viraje con el fin de huir de los tres coches patrulleros que los obstaculizaban el paso. Jo y Matts pisaron entonces el acelerador, rodando en dirección contraria a la primera.

Pero su destino estaba dramáticamente marcado. De pronto aparecieron dos patrulleros en ambas esquinas de la calle, situándose en la avenida de manera que no pudieran pasar.

El inspector Saxon habló a través de un altavoz:

—Es mejor que os entreguéis, muchachos. Estáis rodeados.

Jo Nobel despidió la pastilla de chicle que masticaba. Se hallaba ahora más enardecido que cuando escuchó la explosión. Respondiendo a una reacción súbita y violenta, se agachó al cubre suelos y cogió la metralleta.

—Ponte al volante —ordenó a su compañero de asiento—, ¡Y písale fuerte!

Desde que el coche arrancó como un bólido. Jo, cuyo brazo descansaba en la ventanilla, soltó una ráfaga de balas, que rompieron los cristales del parabrisas.

Pero tuvo que efectuar otro viraje aún más pronunciado. Los dos patrulleros estaban casi enlazados, dificultando así el paso. Además, otros coches de la policía enfilaban la carretera.

El automóvil de los pistoleros saltó la acera y se precipitó contra una columna metálica. Rápidamente saltaron al cemento. Nobel llevaba la metralleta en sus manos. Los otros pistoleros empuñaban largas pistolas.

—¡Déjeme paso, inspector! —exclamó Jo, que parecía enloquecido.

Saxon, que había bajado del patrullero y se encontraba al otro lado, pretendió disuadirle de su absurdo proyecto.

—Lo mejor que puedes hacer es entregarte. Es mucho más justo que te juzguen los jueces que no nosotros.

—¡Bah, policías!

Corrió hacia la primera esquina, revolviéndose a veces para disparar. Un pistolero se refugió en el primer portal. Mitchell avanzó detrás de su camarada.

Por el contrario, John Matts permanecía quieto en su automóvil, parado en mitad de la calzada.

—Ellos lo han querido así —dijo Saxon—, Podéis disparar.

Desde detrás del patrullero dispararon con las metralletas.

Nobel se revolvió más enfurecido que nunca. Dio una pasada, formando un amplio ángulo.

—¡Moriréis! —murmuró.

Una hebra de sangre resbalaba desde su frente. Apareció una mancha roja en el pecho. Distendió los músculos de la cara y agarrotó los dedos en la metralleta. Disparó otra vez. Se hallaba a unas pulgadas de la inmediata esquina. Avanzó dos pasos. Cuando ya llegaba a la esquina, recibió otra herida en el costado. Fue tan fuerte la impresión, que se le escapó el arma y se le doblaron las rodillas.

Pero aún tenía vida. Pretendió recuperar la metralleta. Se estiró en el suelo, tocándola con la punta de los dedos.

Se revolvió convulsionado. Escapó su último hálito de vida cuando ya tenía otra vez el arma en su poder.

Había llegado el turno a Mitchell. No parecía el mismo sin el puro en la boca.

Pensó que no podía entregarse un pistolero de su categoría. Avanzó impávido y suicida hacia los policías. Disparaba las dos pistolas que empuñaba. Pero un ataque frontal tan sin sentido tenía que ser dramático para él. Cayó de bruces, bañado en sangre.

Los policías persiguieron a los dos forajidos que quedaban. Uno de ellos fue gravemente herido; el otro se entregó.

John Matts debía estar sumido en un mar de pensamientos. Tenía a su disposición pistola y metralleta, pero decidió mantenerse silencioso e inmóvil como una estatua. Fue testigo de la muerte de sus mejores hombres. Sintió que el mundo se derrumbaba encima de él, pero no dijo nada.

Era consciente de la situación. ¿Por qué morir en la calle como un vulgar delincuente sorprendido por la policía? Él tenía una personalidad bien definida. Siempre había ordenado; no iban con él las reacciones de servidumbre.

Pero ahora era distinto. Tenía que actuar como lo que era, un jefe de la nueva época del «gansterismo». Por eso saltó a la calzada. No podía levantar los brazos porque se lo impedía su misma manera de ser. Avanzó hacia Saxon llevando los brazos caídos.

En seguida le rodearon cuatro agentes. No llevaba armas. No dijo una sola palabra. Se entregaba sin condiciones.

Subió en el coche de Saxon, sentándose en el compartimiento de

atrás. Parecía una momia viviente. Miraba a la lejanía sin ver lo que pasaba a su alrededor.

—Luna Abel es la culpable de todo lo que ha pasado —fue su comentario.

—Pensaban matarla, ¿verdad?

—Lo merecía. Me había hecho un chantaje incalificable. ¿No sabe usted que entregó en el banco una declaración jurada? —preguntó sin mirarle.

—Lo sé. Miss Abel es una aventurera.

—Explotó groseramente mis secretos. Se los dijo el imbécil de Patrick. Por eso le arrojé a la alcantarilla.

—Como a «Sabandija».

—Era un gran hombre. Yo he triunfado porque reuní el mejor equipo de Nueva York.

—¿Quién ordenó los últimos asesinatos?

No le importaba hablar. Sabía que estaba perdido. Le pareció estúpido guardar secretos.

—¿Se refiere a los de Engler, Baxter y Roland?

—Y al de Hugh Stainer.

—Es verdad. Los cuatro fueron condenados por una misma persona. Eran enemigos de míster Illis.

—¿Quién es míster Illis?

—No sé si es un mendigo o un millonario. No le conozco íntimamente. Tiene una hermosa barba. Me ha pagado muy bien, con billetes, oro y joyas. ¡Pero las alhajas se las llevó otra vez la zorra de Luna! ¡Si pudiera retorcerle el pescuezo! ¡Es una hija de perra!

—Conque un hombre barbudo, ¿eh? Es una pista muy curiosa.

—No me dijo por qué quería apartar de la vida a esos hombres. Ni lo sospecho. Pagaba bien. Era amigo de Hugh Stainer, ¿no sabe usted? Luego ordenó su asesinato. Me dijo que su hija Julia tenía amistad con Hugh, una de las muchachas amigas de Stainer.

—Era un tipo que robaba corazones femeninos.

—Desconozco su relación con Illis, ¡Illis! Uno de mis hombres le siguió por las calles de Nueva York. Le esperaba un lujoso coche y un chófer con librea, pero hablaba como un mendigo de la legua, con palabras de la esfera más baja del pueblo. El primer día observé que su barba estaba sucia, así como sus manos. Pero nadaba en oro,

inspector.

Encendieron un pitillo. Saxon preguntó luego:

—¿Cómo identificaban ustedes a las víctimas?

—Illis nos entregaba fotografías. Las de Roland y Baxter eran de tipo carnet, como las que se dan los novios cuando empiezan sus relaciones. La de Engler era más grande. Se hallaba acodado en la balaustrada de una casa señorial.

Guardaron silencio. El coche rodaba hacia la jefatura local.

—¿Fue accidental la muerte de Robert Plywer?

Esbozó una sonrisa.

—Plywer era socio de Arthur, su embajador en el Ayuntamiento. Murió porque besaba a Luna Abel, pues los disparos iban contra la mujer. Yo ordené la muerte de ésta por los motivos que usted sabe. Arthur y Plywer estaban muy unidos.

—¿No ha besado usted nunca a miss Abel? Es una baza estupenda, ¿eh?

—No me gustaba. Reconozco que es hermosa, pero extraña. ¿Cree usted que ha sido una mujer fácil?

—Ha sido una aventurera difícil. Pero los impactos de las postas han cambiado su carácter. Siento que esté enferma.

—Es un cuento. Está tan sana como usted. Ahora vive en New Hawen. No sé qué hará allí.

—¿No sospecha quién es míster Illis, o por cuenta de quién se presentaba a usted?

Levantó los hombros y se recostó en el asiento.

—A mí me pagaba por matar. Yo no quería saber más — dijo; le miró a la cara—, ¿Lo sabe usted?

Robert Saxon puso una mano sobre la boca para evitar el bostezo.

—No. He avanzado algo, pero me encuentro muy lejos del desenlace. Pienso en el móvil de los crímenes; sin embargo, me parece tan increíble, que me guardo muy bien de decirlo.

Llegaron a Jefatura, donde se hicieron las primeras declaraciones oficiales, las mismas que después pasarían al tribunal. John Matts fue trasladado a Sing-Sing. Sus delitos eran tan graves, que ni el mismo Presidente de Estados Unidos podría impedir que terminara en la silla eléctrica.

Había dirigido una especie de sociedad anónima del asesinato.

Para él, la vida de un hombre era cuestión de dinero, con la que incluso podía especular como si fuera un pozo de petróleo o el caudal electrizable de un río.

Reconoció que el nacimiento de su banda fue consecuencia de las competencias y odios que separaban a los distintos «gangs». Los «gangsters» que explotaban el vicio, se habían organizado de tal manera, que preferían encargar los crímenes a la sociedad creada con el exclusivo objeto de matar. Cuando les estorbaba un soplón, un tipo excesivamente orgulloso y fatuo, un suicida que no respetaba las leyes clandestinas del hampa, un pistolero que se descarriaba, un traidor, entonces no tenían que hacer otra cosa que descolgar el teléfono y ponerse al habla con John Matts.

La vida de una persona pendía del hilo que conducía a la trastienda del bar de Newark.

—En tales circunstancias, Matts, parece que usted mismo se encargó de eliminar al jefe del sindicato del puerto, Albert Anastasia, ¿no es así? —le preguntó el fiscal instructor.

Matts se hallaba frío como una estatua de hielo. El interrogatorio había sido largo para mantenerse entero todavía.

—No puedo decirles quién fue el autor de ese crimen. Le aseguro que es ajeno a mi sociedad. Ya ve usted que estoy hablando como un papagayo. En la situación en que me encuentro, mantener un silencio estúpido ni me beneficia ni me perjudica. Estoy acabado.

No tenía que hablar más. Sus delitos eran múltiples. Fue condenado a la última pena. Lo aceptó sin descomponerse. Desde el mismo momento en que fue detenido por Robert Saxon sabía cuál sería su final. La silla eléctrica le esperaba. Pasó a la cámara de la muerte con paso cansado y un terrible rictus en la comisura de los labios.

CAPITULO 8

Conjeturas sobre los crímenes

CUATRO hombres habían sido asesinados por orden de Illis. El viejo de la barba no parecía tener relación con las bandas de forajidos y extorsionistas. La muerte de Hugh Stainer no fue un ajuste de cuentas. Los cuatro asesinados eran ajenos por completo unos a otros.

Engler tuvo un enemigo personal como el boxeador Fulham. Roland fue odiado por el malhechor Ted Hot. Baxter tenía un distinguido amigo barbudo, que podía admitirse que fuera el mismo Illis.

Pensó el inspector que no podían ser los crímenes de un loco, pues elegía a sus víctimas una vez que se cercioraba que eran las personas que pensaba hacer matar. Saxon tenía ahora una pista para cimentar definitivamente sus pesquisas. Se trataba de las fotografías de los asesinados. ¿Cómo llegaron a Illis esos retratos? Ahí estaba el quid de la cuestión.

Pero teniendo la hebra en la mano, era fácil llegar al ovillo. Después de una rápida y concienzuda investigación, confirmó que la fotografía de George Engler había sido tomada en la residencia del millonario Rows, durante su fiesta de aniversario.

En la lista de invitados figuraban los nombres de Hugh Stainer y de Luna Abel. Fueron invitados juntos. Eran los días en que Stainer pretendía conquistar a la hermosa mujer, con un resultado que no debió satisfacer demasiado al pistolero.

¿Cómo llegó la fotografía de Engler a manos de Illis? ¿La tomó

Stainer? No se conocían lo suficiente para intimar. Fue una casualidad que estuvieran juntos en la fiesta de míster Rows.

El «night-club» de Stainer continuaba abierto. Saxon tomó una copa en él, por la noche. El lugarteniente que había quedado como jefe rechazó la posibilidad de un asesinato por ajuste de cuentas.

—Estábamos en buena armonía con los jefes del gremio. Decir lo contrario es buscar tres pies al gato —dijo, sentado a la misma mesa del inspector—. Ha sido un crimen inexplicable.

—Lo ordenó un amigo suyo, un viejo parlanchín y barbudo que ha visitado el cabaret.

El negociante del vicio se quedó un momento dubitativo.

—El viejo de la barba entrecana —murmuró—. Ahora le recuerdo. Habló varias veces con nosotros. Nos dijo que deseaba invertir dinero en el negocio de los cabarets. Era un personaje sorprendente.

—Pero no cabe duda que le recomendó alguien. ¿Recuerda usted quién fue?

Realizó un esfuerzo mental, mirando fijamente a un dibujo mural que había enfrente.

—Sí, lo recomendó una antigua conocida de Stainer. Se llamaba Julia.

—Matts me ha dicho que Illis afirmó que esa Julia era su hija.

—¡De ninguna manera! Julia fue una provinciana deslumbrada por Stainer. Tuvieron sus más y sus menos. Tengo entendido que Hugh no atendió las reclamaciones de la perjudicada —dijo; luego calló un instante pensativo—. ¡Eso es! Illis dijo que estaba viviendo con Julia, en un piso de Long Island!

—Es usted muy amable. Me ha ofrecido una información estupenda.

Saxon tenía en su poder las monedas de oro con que Illis pagó el primer encargo. En seguida se movilizó la policía detrás de la pista del oro, motivo por el cual los agentes interrogaron a joyeros y ropavejeros. Una investigación tan metódica y cabal tenía que dar su fruto.

Esto fue así a través de un joyero de la East 45th Street, en el diecisiete distrito postal neoyorquino.

—Sí, esas monedas mejicanas son mías —dijo—. Se las cambié a un tal míster Illis por dos pulseras de oro de ley. Dos joyas que

vendí más tarde a un potentado de California.

—Pulseras de oro — reflexionó Saxon—, Me parece que va entrando la luz en mí cerebro. ¿Quizá le visitó Illis más tarde ofreciéndole otras alhajas?

—Sí. Se las pagué a buen precio. Eran joyas de gran valor, todas para el adorno de la mujer.

El misterioso míster Illis no había dejado filiación alguna en la joyería. Ni Illis ni Julia, la mujer fascinada por Hugh Stainer, aparecían por ningún sitio. Parecía como si se los hubiera tragado la tierra.

—¿Dónde están las alhajas?

—Las vendí. ¿Acaso procedían de un robo?

Saxon sacudió la cabeza.

—Es mucho más justo decir que eran regaladas.

El policía que interrogó al boxeador Fulham no llevó nuevas noticias al inspector. El malhechor Ted Hot tenía una estupenda coartada. El hombre de la barba que conoció Baxter era tan misterioso como míster Illis, caso de que no fuesen la misma persona.

Robert Saxon debía poner las cosas en orden. No había olvidado la afirmación de John Matts de que Luna Abel se hallaba en New Hawen, habitando un viejo caserón. Era probable que convaleciese allí de la lesión pulmonar que decía sufrir.

Tomó el tren de la línea de Boston. A poco más de cincuenta millas de Nueva York, se bajó del vagón deseoso de contemplar a la beldad rubia. El caserón de referencia distaba una hora de la estación. Un taxi le dejó a la puerta.

No le sorprendió absolutamente nada la inscripción del frontispicio. Parecía que lo esperaba: «Residencia para madres».

—¿Desea usted hacer un donativo, señor? Nos vendría de perlas. ¿Tiene usted un cigarro? Me olvidé de comprarlo anoche. Yo prefiero el tabaco negro. ¿No le parece maravilloso liar cigarros? Es un trabajo agradable, mucho más que el que estoy haciendo.

El hombre que había hablado era el jardinero de la residencia. Estaba sudoroso y cansado corriendo detrás del cortador de hierba. Tendría unos cincuenta años de edad y lucía una barba crecida, de unos tres días.

Se miró a las manos.

—¿Ve usted? Las estoy lastimando. ¡No hay derecho, señor! Nunca he tenido callos hasta ahora, hasta que la directora me retiró de la vida ordinaria que he llevado desde que nací. ¡Ah, el pitillo! Es usted un buen chico. ¿Cuánto dinero nos dará? Porque no creo que nos endose una nueva boca. Yo tengo que alimentar a todos, a niños y mujeres. ¿No sabe compadre? Soy jardinero, cocinero, pagador, electricista, el padre de todos y el tío de miss... Bueno, de la directora.

Saxon desvió la mirada. Unos quince niños jugaban en el jardín; otros, lloraban en el interior. Por una amplia ventana veía a mujeres jóvenes entre bastidores y bordadores que confeccionaban ropas y mantos religiosos en hilo de oro.

—Bien, estimado amigo. He venido de Nueva York con el exclusivo objeto de visitar a miss Abel. ¿Tiene usted la amabilidad de anunciarme?

El jardinero arrugó el ceño como si no comprendiera el ruego del policía.

—¿Ha dicho miss Abel? ¡Qué raro! Sé de memoria el nombre de todas las muchachas acogidas aquí. Ninguna se apellida Abel.

—Usted bromea, buen amigo. Luna Abel está aquí.

—¡Ni hablar! —exclamó el portero—, ¡Si lo sabré yo! Pero si quiere hablar con la directora...

—De acuerdo. ¿Cómo se llama la directora?

La respuesta fue rápida.

—Matilde Clover.

Saxon no acababa de entender todo aquello. Recordaba que Matts le había dicho que miss Abel ocupaba un caserón situado en la bifurcación entre las carreteras de Bridgeport y New Hawen. Extendió la mirada en su derredor. No había otra casa a unas millas de distancia.

—Dudo que haya sufrido un error. De cualquier manera, quisiera ver a miss Clover.

El jardinero le miró de hito en hito.

—¿Piensa usted comprar bordados? Miss Clover se irrita cuando se presenta un tipo impertinente.

—Yo soy un visitante agradable. No me importará castigarme el bolsillo en beneficio de una obra benéfica.

Habían pasado cerca de quince minutos desde que Saxon llegó al

jardín. El portero dejó la herramienta y se dirigió hacia el ancho portal, en tanto que el inspector esperaba. Incomprensiblemente le agradaba oír el llanto de los niños de pecho que acunaban las jóvenes mamás.

—Pase usted. Miss Clover le espera.

Siguió el jardinero a través de un pasillo desconchado y de baldosines partidos. A ambos lados había habitaciones con cama y cuna, además de una mesita y una estantería llena de libros sobre puericultura. Se tropezaron con un sacerdote, el mismo que daba conferencias a las jóvenes pecadoras, engañadas o no, acogidas a una institución tan singular.

—¿Qué tiempo hace que se estableció la residencia? — preguntó Saxon a su acompañante.

—Unos dos meses. Fue una repentina idea que tuvo miss Clover.

El portero llamó suavemente a la habitación donde se leía la inscripción de «directora».

—Está bien, Alberto —dijo una mujer desde dentro—. Puede entrar el señor.

Detrás de la mesa se hallaba una mujer joven y bonita. Llevaba gafas, que en seguida se quitó, pero manteniéndolas en la mano.

—Usted me dirá en qué puedo servirle.

—Perdón por distraerla de su trabajo. Soy el inspector Saxon, del F.B.I.

—Me parece muy bien que sea usted policía. ¿Acaso supone que este establecimiento no está autorizado?

—¡Nada de eso, señorita! —protestó Saxon—, Reconozco que realizan ustedes una misión ejemplar. ¿Cómo sufragan los gastos?

—Tenemos nuestra propia industria. Aquí recogemos a las muchachas que han tenido la desgracia de cometer un error y que repudiadas por todos, no tienen donde acogerse.

—Sí, hay cierta culpa por parte de ustedes. Ya sabe, la debilidad de la mujer.

—¡De ninguna manera! —se enfadó miss Clover—. La fascinación es terrible para nosotras, sobre todo si tenemos la mala suerte de caer en manos de un miserable que no reconozca la obra que ha hecho.

—Esta misma desgracia ocurrió a Julia, que fue deslumbrada por un tipo que parecía varonil y noble. He venido a la residencia

para hacerla un obsequio. Es hija de un amigo mío. ¿Quiere usted avisarla, por favor?

—¿Julia, la pelirroja de Nueva York?

—Sí, la que fue novia de Hugh Stainer.

—Espere un momento. Es una de nuestras mejores operarías.

Saxon se quedó solo en la habitación, donde, por cierto, no había un exceso de lujo. Más bien parecía la celda de una monja.

Matilde Clover regresó en seguida. Parecía compungida.

—Julia está enferma. Un cólico, ¿sabe usted? No podrá verla hoy.

—Lo siento. Otro día será. Sin embargo, quisiera ver a otra joven, quizá más desgraciada que las demás. La abandonaron dos veces, pero es madre amantísima de dos niñas. Me refiero a Luna Abel.

La llamada Matilde Clover reaccionó como esperaba Saxon. Hizo un gesto de extrañeza y se apresuró a contestar:

—Nunca oí ese nombre. No hay nadie que se llame así en nuestra comunidad.

—Entonces, no la molesto más, señorita. Me permitiré dejar cien dólares como menguada ayuda. Buenos días.

Matilde Clover le acompañó hasta la puerta, donde se le unió el jardinero.

—¿Qué tal le ha parecido nuestro Centro? Nada tiene que ver con una inclusa. Las muchachas tienen sus horas libres, pero la directora las recomienda bien.

—Miss Abel es una gran mujer.

—Es extraordinaria. Ha vendido todos sus valores por sostener esto —se paró en mitad del camino—, Pero, ¿qué dice usted, miss Abel? Estamos hablando de Matilde Clover.

—Sí, eso es, miss Clover.

En el barrio que había cerca preguntó por rutina en los comercios que surtían a la residencia, donde le confirmaron que la directora era miss Clover. Lo esperaba.

Regresó a Nueva York con el convencimiento de que había dado un gran avance en su investigación, pero sin que significase que el enigma de los asesinatos estuviera totalmente aclarado. Todavía quedaba mucho por andar.

CAPITULO 9

Residencia de Señoritas

AL día siguiente, Saxon regresó a la residencia para madres solteras. Una idea que, conforme la maduraba, se iba convirtiendo en certidumbre, martilleaba su mente.

No podía olvidar la reacción del jardinero cuando él comentó que miss Abel era una gran mujer. En el primer instante, el hombre había contestado que era extraordinaria. Fue luego, cuando acaso se dio cuenta de su error, el precipitarse a aclarar que la directora era Matilde Clover.

Teniendo en cuenta este detalle, el inspector había sacado sus conclusiones. Y conforme lo pensaba más y más se iba convenciendo de que había dado con la aclaración del misterio que envolvía al enigmático míster Illis. Por las explicaciones dadas por Matts sabía que este personaje, aparte de lucir una hermosa barba, parecía ser hombre de escasa cultura y que, en ocasiones, le había producido la impresión de estar hablando con un vagabundo.

Con estas ideas en la cabeza, se presentó en la Residencia. La primera persona a la que vio fue al jardinero, al tal Alberto que, al reconocerle, le recibió con una sonrisa.

—¿Es usted, señor? ¿Acaso desea ver otra vez a la señorita Clover?

—Pues... sí. ¿Quiere un cigarrillo, Alberto?

El hombre lo aceptó agradecido.

—Tiene usted una hermosa barba, Alberto.

—¿Eh? Bueno, siempre me ha gustado llevarla, señor. Una

manía como otra cualquiera, ¿no le parece?

—Desde luego —estuvo conforme Saxon—. Cada cual tiene sus gustos particulares. Por cierto, la verdad es que, no sé por qué, pero las barbas siempre me recuerdan a los vagabundos... o a los mendigos. ¿Lo ha sido usted, Alberto?

—¡De ninguna manera! Jamás he pedido una limosna ni he robado una gallina. No soy un gitano, señor; pero he recorrido la nación de norte a sur, de un lado a otro. Como vagabundo, desde luego. Miss... miss Clover me convenció para que trabajase. Lo hice por ella. Yo adoro la libertad.

—¿Cómo conoció usted a Miss... Clover?

—La conocí en una carretera. Ella conducía un lujoso coche en tanto que yo andaba cansinamente. Le pedí «auto-stop». No dudó un solo instante en parar. Me llevó hasta el pueblo inmediato, donde me invitó a comer. No sé qué tenía yo que la sugestionaba. Sin duda mi condición de vagabundo.

—Pero, ¿no se vieron más veces?

—Bastantes. Hicimos una buena amistad. Me dio sus señas, a lo que obedece que siempre que yo me encontraba en Nueva York, me acercase a su casa.

—Le presentaría también a sus amistades, ¿verdad?

—¡Oh, no! He almorzado en su casa varias veces, me ha ayudado como una hija opulenta al padre indigente, pero no me presentó a sus amistades. Cuando me veía, ordenaba que me bañase y cambiara de ropa. Tan sólo ocasionalmente pude ver a algunos de sus amigos.

—¿Tenía muchos?

—Los tenía atontados a todos. Ella era como una reina. La admiro por sus grandes cualidades y por su corazón.

Matilde Clover apareció en una ventana.

—¡Alberto! —gritó—. Te prohíbo terminantemente que hables con desconocidos. Quien quiera saber, lo primero que tiene que hacer es ir a la escuela.

Alberto masculló una protesta y se retiró del muro. De mala gana cogió el cortador de hierba. Antes de moverlo se pasó un pañuelo por la frente. Todavía no había empezado a trabajar.

Saxon pasó a la residencia, en cuyo pasillo le recibió la mujer que le atendiera la vez anterior.

—¿Podía hablar un momento con usted, miss Clover?

—No sé si tendré tiempo. Deberá ser muy breve.

El inspector se sentó en el sillón delante de la directora. Dejó el sombrero sobre las piernas. Abrió la pitillera, que alcanzó a la joven.

—No fumo —dijo con cierta adustez—. Tengo otras cosas en qué pensar.

Saxon no hizo caso de la alusión.

—Tendrá que avisar a la directora, a mi dilecta amiga Luna Abel. Dígale que es estúpido que pretenda confundirme. Miss Abel es Matilde Clover. Sus mismos amigos, los «gangsters», la han descubierto. Dígala que salga, por favor.

La joven hizo ademán de replicar, para lo cual no se encontraba preparada. Saxon movió la cabeza sin abandonar su mejor sonrisa.

—Avísela, por favor. Usted no es la directora. Alberto me ha contado cómo conoció a la directora. Siento decirle que usted no reúne las condiciones que son precisas para triunfar en Nueva York. Es usted tan bella como miss Abel, pero no tuvo la suerte de hacer amistad con los poderosos.

La falsa Matilde Clover no pudo reponerse de la turbación y el desconcierto. No sabía rechazar las palabras del policía, motivo por el cual salió del despacho.

Luna Abel apareció en seguida. Llevaba los mismos lentes intelectuales de la suplantadora, zapatos sin tacón y traje de sastre que no la favorecía.

—Buenos días. Ya ha logrado usted meter la nariz donde no le importa. Rogué a la joven acogida que hiciera mis veces porque no tenía ningún deseo de verle a usted. Me producen náuseas los hombres de Nueva York. ¿Se ha enterado usted?

Saxon aguantó el chaparrón de censuras sin que se le notara la menor molestia.

—Sigue usted siendo bella, miss Abel. Pero las huellas visibles de las heridas han cambiado totalmente su carácter. Odia a los hombres. Antes los despreciaba con elegancia. Usted ha adquirido una psicopatía singular, que la ha empujado al campo del delito. Todo ocurrió porque estimó que ya no podía ser reina de Nueva York. ¿Cuántas veces se ha visto en el espejo desde que los asesinos de John Matts apuntaron con sus escopetas?

—No me miro en el espejo. He ordenado que lo quiten de mi lavabo. No soy coqueta.

—Lo fue antes. Usted enloqueció a muchos hombres, que la hicieron suntuosos regalos. No, no haga ese gesto de repugnancia. Me consta que ha sabido guardar las distancias. ¡Reina de Nueva York! Podía seguir siéndolo ahora mismo. ¿Por qué ha hecho eso, Luna?

—Miss Abel se quitó los lentes, que dio vueltas en la mano.

—¿De qué me acusa, inspector? He establecido la residencia de madres porque comprendo la desgracia. Gasté todos mis ahorros, pero al fin he conseguido la obra que me propuse hacer.

—Una obra benéfica de indudable mérito. Pero el nuevo odio que sentía hacia los hombres la ha dado fuerza para sentirse también juez. Usted ordenó la muerte de Engler, Baxter, Roland y Stainer. ¿Tiene alguna otra condena en la cartera?

No respondió con la rapidez que requería la situación. Entonces, Luna se respaldó en el sillón y mordió una punta de los lentes.

—Hace tiempo que sospechaba de usted. Estaba al tanto del chantaje que hacía a John Matts. Ha sido extraordinario que al mismo tiempo que le estafaba grandes cantidades como precio a un silencio y al maravilloso ardid de la declaración jurada encerrada en el banco, le pagara los trabajos que usted misma le encargaba. Con una mano daba y con la otra lo sacaba. Míster Illis la hizo un gran servicio.

—Desconozco a míster Illis —respondió al fin.

—Es Alberto, el jardinero. No podía ser otro. Usted alquiló un automóvil con chófer para despistar a los asesinos, pues sabía que la vigilarían. Pero míster Illis llamó la atención de John Matts porque le pareció un vagabundo vestido de millonario. La barba sucia, las manos recién lavadas con jabón, su manera populachera de hablar, su comportamiento, sus gestos y ademanes, señalaban que era un vagabundo o mendigo. El hombre que me describió Matts era el mismo que yo entrevisté en el jardín de la residencia. No podía haber error. Eran una misma persona.

—Conocí a Alberto en una carretera.

—Me lo ha contado. Tal circunstancia confirma mi versión. Reconozco que las barbas de míster Illis ha sido un juego genial creado por usted. Pero la pista psicológica también es factible en

técnica policial. No era un millonario. Se presentó a Matts avalado por la amistad que le unía a Hugh Stainer. No había tal amistad. Usted conocía bien el ambiente y a los personajes del hampa. Recomendó a Alberto diciéndole que era amigo de Julia. Supongo que Julia estará acogida a esta institución.

—Sí. Su hijo es el mayor que tenemos —reconoció Luna.

Miss Abel no llevaba una sola joya, todo lo contrario que frecuentaba los más elegantes «night-clubs» de Broadway.

—Las monedas de oro y las alhajas fue otra pista que enderezó mi investigación hacia usted. A usted la sobran joyas. Cambió una de oro por las monedas con que Illis pagó el primer servicio. El segundo lote procedía de su gran archivo. Es posible que ya se la hayan terminado. El mantenimiento de la residencia cuesta dinero.

Saxon no se cansaba de admirar a su silenciosa interlocutora. Era una gran mujer, por lo menos por lo que se refería a su continente. Además, tenía un notable temple. La acusación de Saxon no la había sumido en la desesperación y el miedo. Continuaba siendo quien era, fría e insensible.

—«Residencia para madres. Directora». Es la primera vez que veo una cuartilla con semejante inscripción —exclamó—, No podía ser otro el móvil de los crímenes. ¿Usted conocía a George Engler?

—De vista. Le he visto una sola vez.

—Engler había triunfado en la televisión. En sus primeros pasos en el campo de los negocios, despertó una mortal envidia en la persona del boxeador Fulham. ¿Fue éste el criminal? No lo creí. Me parecía absurdo que un pobre diablo como él gastase el dinero encargando el asesinato de un enemigo. Engler era, o parecía, un caballero. Pero me enteré que a veces invitaba a mujeres a su elegante apartamento, cosa normal, por otra parte. ¿Fue una de ellas? ¿Fue su novia?

—Sí.

La afirmación categórica quedó en el aire prendida en una inexcusable acusación.

—¿Conoció usted a Baxter?

—Nunca he visto a ese miserable.

—Se burló de una mujer. De usted. Pero en justa correspondencia a su traición, se casó con una señora de armas tomar, que le redujo a la mínima expresión y le dio gato por liebre.

—Lo merecía.

—El policía Roland también. Un compañero de Jefatura refirió que una vez, recibió Roland una fotografía donde podía verse un pato de goma. ¿No cree usted que era el retrato de un bebé, quien jugaba con un pato?

—Posiblemente. Roland había sido un tipo achulado. No importa que fuera policía. Era un hombre. Se atrevió a reírse de mí.

En la afirmación de Luna Abel había tanto de acusación como de culpabilidad por su parte.

—El caso de Hugh Stainer es más simple. Hace un momento que hemos hablado de Julia.

Luna dejó los lentes en la mesa. Crispó los puños y distendió los músculos de la cara, con tanto coraje que parecía como si fueran a saltar las postas que ocultaba en la cara.

—Hugh Stainer ha sido el más repugnante pistolero de Nueva York. He sentido cerca sus garras. Ninguna muerte con mejor justificación que la suya.

—Ha sido un crimen, miss Abel, del que usted es plenamente responsable.

—He hecho la justicia por mi mano. Stainer no sólo engañó, sino que tiene en su haber varios asesinatos.

—Esa alegación no resta culpabilidad a su crimen, miss Abel. Porque siento comunicarle que tendrá que resolver su situación frente al Tribunal de Justicia. Los tres restantes asesinados no eran pistoleros.

—Eran unos miserables. Y ningún hombre puede reírse de una mujer como yo. A todos los condené a muerte.

—Ellos fueron responsables de sus actos.

—¡No! —gritó ella—. Sus actos no los autorizaban a engañarme vilmente. Cuando ocurrió lo del pobre Plywer que murió sin culpa alguna tan sólo por estar conmigo, me decidí a vengarme de los hombres que me engañaron.

—¿Y qué ha conseguido con su maldito rencor; dígame? —interrogó Saxon—. ¿Qué ha ganado con esas muertes?

—Lo que yo deseaba. Vengarme de ellos —rechinó ella los dientes, en tanto que sus pupilas se encendían en una llamarada de ira—. Lo único que siento es haber complicado al pobre Alberto. Me quiere tanto que nunca dudó lo más mínimo en hacer lo que yo le

ordenaba.

—Haciéndose cómplice de sus crímenes, Luna —recordó severamente el inspector federal—, y ahora, como es lógico, deberá rendir cuentas ante la justicia. En cuanto a usted, no sé lo que ocurrirá. Si fuera un hombre, su castigo no me ofrecería dudas, pero es una mujer y eso posiblemente influirá en el jurado. Es posible que se libre de la silla eléctrica, pero tendrá que pasar en una prisión el resto de sus días.

Ella lo miró desafiante.

—¿Y qué? —Todo lo doy por bien empleado a cambio de la satisfacción de ver cumplida mi venganza.

El inspector lanzó un suspiro. Por un leve instante la miró fijamente. Después se acercó al teléfono y marcó un número.

—¿Jefatura de policía? Aquí, el inspector Saxon, del F.B.I. Envíen algunos agentes a la Residencia para madres solteras... Sí, se trata de efectuar dos detenciones...

FIN